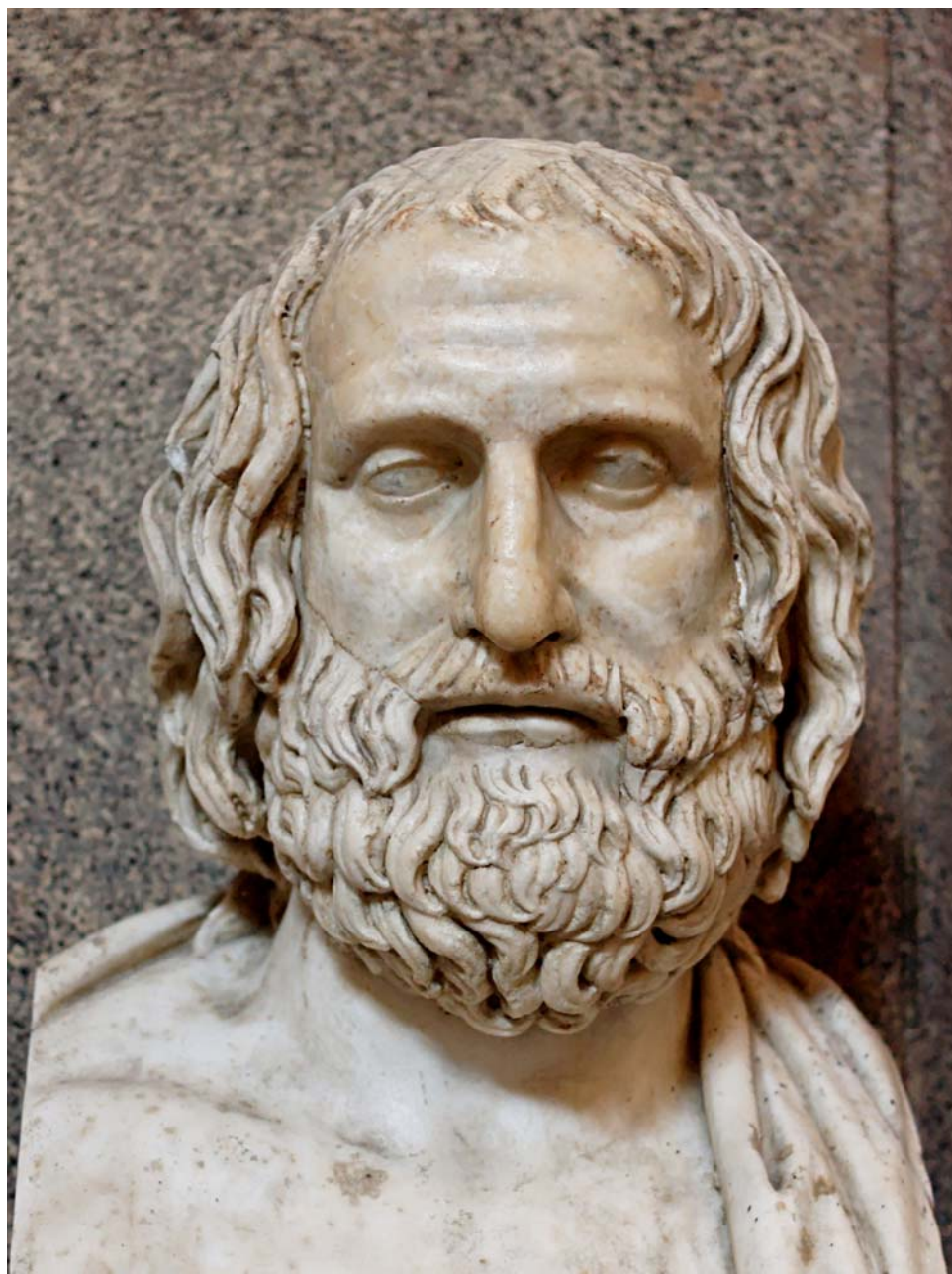


Electra



Eurípides

¹ | <http://www.librodot.com>

INTRODUCCIONES, TRADUCCIÓN Y NOTAS DE
JOSÉ LUIS CALVO MARTÍNEZ

INTRODUCCIÓN

1. Escrita hacia el año 413 a. C., la Electra de Eurípides dramatiza la venganza de los hijos de Agamenón sobre su madre Clitemnestra y sobre el amante de ésta y usurpador del trono, Egisto. Acerca de sus diferencias, tanto en el mito como en la concepción dramática, con las tragedias de los otros grandes trágicos sobre el mismo tema, y de sus características literarias trataremos luego. Veamos en primer lugar su estructura:

2. El drama consta de cuatro Episodios, más Prólogo y Éxodo.

El PRÓLOGO (1-214) es uno de los más complicados formalmente y muy similar al de Troyanas. Se inicia con la resis de un campesino, esposo de Electra, el cual nos informa sumariamente, como siempre, sobre la situación, arrancando desde el inicio de la guerra de Troya, y cuenta la historia de los dos hermanos subsiguiente a la muerte de Agamenón, haciendo especial hincapié en la situación lamentable de Electra: arrojada de su casa y casada a la fuerza con un campesino para impedir que tenga hijos nobles que venguen a Agamenón; viviendo en la miseria.

Tras estas palabras aparece Electra, que inicia una breve resis en la que lamenta su suerte, no mencionando siquiera la muerte de su padre. Veremos a lo largo de la obra que se insiste mucho más en la situación actual de los protagonistas que en la muerte del padre, que aparece relegado a un segundo término. La venganza queda así desprovista del ambiente y principios religiosos tan predominantes en Esquilo.

Acabada la resis, entabla un corto diálogo con el campesino que profundiza aún más en este aspecto negativo de su situación (tiene que hacer incluso las tareas domésticas).

Cuando salen ambos esposos (Electra por agua y el labrador a su trabajo) entra Orestes dialogando con Pilades aunque, como es habitual, sólo oímos al primero. Por sus palabras nos enteramos de que se encuentran en las fronteras de Argos y pretende vengar a su padre con la ayuda de su hermana. También percibimos su miedo: no quiere pasar por si le descubren y prefiere ocultarse tras unos arbustos en espera de que pase alguien que le informe sobre el paradero de su hermana.

Aparece Electra de vuelta del río y los dos amigos corren a su escondrijo. Allí van a escuchar una monodia lírica de Electra, con lo que Orestes reconoce ya a su hermana, aunque él no se dará a conocer hasta mucho más tarde. Es una monodia estrófica en cuyas primera estrofa y antistrofa se queja de su suerte y la de su hermano. La segunda estrofa y antistrofa es un treno que acompaña a una libación por Agamenón. Acabada ésta, entra el Coro de muchachas argivas invitando a Electra a participar de

la fiesta de Hera que se celebra en Argos. No canta una párodos normal, sino un canto lírico alternado con Electra, cuya función es profundizar líricamente aún más en la situación de que arranca el drama (soledad y dolor de la protagonista, abandono por parte de los dioses, etc.).

El PRIMER EPISODIO (215-431) abarca el primer encuentro entre Electra y Orestes (sin que aquélla reconozca la identidad de éste). Electra queda en escena y descubre a los forasteros; se inicia un rápido diálogo en esticomitía (Orestes, haciéndose pasar por un amigo) en que se informan mutuamente sobre su situación. Ahora se entera Orestes también de la perfidia de Clitemnestra y Egisto; Electra oye que su hermano vive exiliado; que desea volver a Argos, aunque necesita la colaboración de su hermana, que ésta promete con presteza. El diálogo acaba con una larga resis de Electra en que de nuevo se queja de su propio estado y del abandono de la tumba de Agamenón (esto siempre en segundo lugar), cerrándolo con una llamada a la nobleza de Orestes para que venga a su padre. El episodio termina con un diálogo entre Electra, Orestes y el labrador, cuya presencia en escena (viene casualmente del campo) tiene como fin único el que puedan enviarlo a buscar a un anciano esclavo (que será pieza básica en la anagnórisis); pero que de hecho ofrece a Eurípides la oportunidad de extenderse por boca de Orestes, al comprobar la nobleza del labrador, en consideraciones sobre la nobleza auténtica y la aparente.

A continuación, y mientras marcha el labrador en busca del anciano sirviente, canta el Coro su PRIMER ESTÁSIMO (432-486), que cubre este espacio de tiempo. El tema de su canto es la descripción de las armas de Aquiles; tema un tanto sorprendente por su alejamiento aparente de lo que ocurre en escena, pero que evita lo que resultaría ya una insistencia excesiva en el tema de Electra y después de todo se relaciona con la guerra de Troya, causa última de la tragedia de los Atridas.

Con un diálogo entre Electra y el Anciano se inicia el SEGUNDO EPISODIO (487-698). A través de este diálogo, lleno de fina ironía y paródico de las anagnórisis de Esquilo y Sófocles, nos enteramos que alguien ha visitado la tumba de Agamenón. El Anciano barrunta que es Orestes y trata de provocar una anagnórisis a través de las pruebas tradicionales (pelo, huellas, ropa). Pero el verdadero reconocimiento se producirá en seguida en un diálogo esticomítico triangular entre Orestes-Electra-Anciano (será éste quien descubra la identidad de Orestes por una cicatriz), tras el cual se inicia, entre ambos hermanos, un epirrema en que Electra canta y Orestes recita.

Luego del epirrema se reanuda el diálogo esticomítico: Orestes se muestra muy indeciso (se siente su miedo, pregunta continuamente por los aliados que pueda tener y pide que le acompañen), pero entre Electra y el Anciano preparan una estratagema para matar primero a Egisto y luego a Clitemnestra: cuando venía el Anciano, vio a Egisto en el campo disponiéndose a realizar un sacrificio a las Ninfas. Orestes se acercará, Egisto le invitará a la fiesta y allí tendrá ocasión de matarlo.

En cuanto a Clitemnestra, el Anciano irá a comunicarle que Electra ha dado a luz. Si aquélla pasa por la choza del campesino antes de ir a reunirse con Egisto, estará perdida.

El diálogo termina con una invocación en ayuda a Zeus, familiar a Hera, a su padre y a la tierra.

El SEGUNDO ESTÁSIMO (699-746) cubre el espacio de tiempo en que Orestes mata a Egisto. El tema es la historia del cordero de oro, inicio de las diferencias entre los miembros de la familia de los Pelópidas (Atreo, padre de Agamenón, y Tiestes, padre de Egisto). Aunque parece alejado del drama, tiene una relación muy sutil con él, pues de hecho compara el adulterio de la mujer de Atreo (y sus funestas consecuencias: alteración del curso del cosmos) con el de la mujer de Agamenón (y sus funestas consecuencias: la alteración del orden moral)¹.

El TERCER EPISODIO (747-858) lo ocupa casi por completo la escena del mensajero que trae noticias sobre la muerte de Egisto. Pero la precede un diálogo entre Corifeo y Electra, en que la angustia de ésta por conocer el resultado marca un tiempo de espera que resulta dramáticamente muy eficaz.

Todo ha salido bien. Orestes ha aprovechado el momento en que Egisto se inclinaba de espaldas para observar, durante el sacrificio, las entrañas de las víctimas, y le ha asestado un golpe mortal.

El TERCER ESTÁSIMO (859-879) se presenta no bajo la forma de un canto lírico ordinario, sino como epirrema entre Electra y el Coro. Es un canto de triunfo en que el Coro invita por segunda vez a Electra a vestirse de fiesta y danzar. Ahora sí que acepta.

El CUARTO EPISODIO (880-1146) consta de dos escenas. La primera, entre Orestes y Electra, tiene como centro una larga resis de la última que, dado el contexto en que está inserta (ante el cadáver de Egisto), es formalmente una oración fúnebre, aunque de hecho contiene lo opuesto a un elogio del muerto: es una serie de improperios que Electra no se atrevió a dirigir a Egisto cuando éste vivía y que ahora lanza con gran apasionamiento (lo que no impide que aquí y allá intercale reflexiones sobre el matrimonio de plebeyo con mujer noble o de la valía de un marido).

Luego de esta resis se entabla un diálogo esticomítico entre ambos hermanos, en que se revela la indecisión de Orestes y el odio de Electra por Clitemnestra y la seguridad y fortaleza de sus deseos matricidas.

Acabado este diálogo entra pomposamente Clitemnestra en un lujoso carro, rodeada de esclavas troyanas conquistadas por Agamenón. Así se inicia la segunda escena de este episodio, que está constituido por un agón entre madre e hija. El centro del agón lo constituyen dos largos discursos en que Clitemnestra justifica la muerte de Agamenón y Electra contesta

¹ Cf. J. R. Mulryne, «Poetic structures in the Electra of Euripides», LCM II (1977), 31-38.

atacando su ligereza y su lascivia; acusándola del exilio de Orestes y del suyo propio, al que califica de «muerte en vida»; llevando hasta el final la lógica de Clitemnestra: si tú mataste a Agamenón, justo es que nosotros te matemos a ti.

Clitemnestra entra engañada en la choza de Electra para realizar un sacrificio de natalicio, y cuando el Coro ha acabado de cantar el CUARTO ESTÁSIMO (886-1146), comentando el crimen de Agamenón, se oyen los gritos de muerte de Clitemnestra.

Luego el eccicléma² expone ambos cadáveres y se inicia el ÉXODO (1172-1358) con un kómmós alternando entre Orestes, Electra y Coro. Los tres lamentan el crimen y, mientras Orestes y Electra recuerdan en su canto con horror el acto del crimen, el Coro intenta trascender la inmediatez del mismo aludiendo a la justicia restaurada. Sólo falta atar los cabos, y para ello aparecen los Dióscuros que, en una larga resis, nos informan sobre lo que espera a Orestes (fuga, expiación y juicio), el matrimonio de Electra con Pílates y el entierro de los dos Cadáveres.

La obra termina con un diálogo lírico de despedida entre Orestes y Electra, con breves intervenciones de Cástor.

3. Es sabido que los tres grandes trágicos atenienses dramatizan el mismo tema en sendas obras (Esquilo en Coéforas, Sófocles y Eurípides en sus respectivas Electras) y que las diferencias entre los tres autores son notables tanto en el tratamiento del mito, como en la estructura dramática, como sobre todo en la idea trágica que las informa; siendo este último punto, desde luego, el determinante de los otros dos.

La primera gran diferencia que cabe establecer³ entre ellos es que Esquilo trató el tema del matricidio en la obra central de su trilogía la Orestíada; lo cual pone de manifiesto que para él constituye un momento más en la concepción global de la trilogía, mientras que tanto para Sófocles como para Eurípides es el único tema. El mismo título es indicativo de que para el primero la figura central no es Electra, mientras que sí lo es para los otros dos.

El fin que persigue Esquilo es presentarnos dialécticamente, a lo largo de la trilogía, la dinámica de la «vendetta», enraizada en la sociedad tribal, y su superación mediante la justicia garantizada en el plano divino por Zeus y por una nueva estructura social basada en el Derecho y los tribunales. Su intención es, por tanto, básicamente moral. El matricidio es para él una fase transitoria en la lucha por el establecimiento de la justicia. De aquí que su obra esté traspasada por un sentimiento ético-religioso trascendentalista que se refleja en la misma estructura de la obra: el rito funerario alrededor de la tumba, el sueño de Clitemnestra, las numerosas oraciones a los dioses y a

² Máquina giratoria usada en el teatro para exponer sobre el escenario algo que estaba en el interior.

³ En el plano divino se plantea la superación de la oposición entre las Erinis, divinidades arcaicas protectoras de la sociedad tribal, y Zeus, Apolo, Atenea, etc., nuevas divinidades protectoras de la nueva sociedad basada en la justicia.

Agamenón, etcétera. En cambio sus caracteres no poseen la riqueza de los de Sófocles o Eurípides porque son meros portadores de esta idea.

Entre Sófocles y Eurípides hay aparentemente mayor convergencia, pero un análisis detenido nos llevará a ver diferencias aún mayores. En Sófocles, desde luego, el centro de la obra lo constituye Electra; pero el interés no se centra en el matricidio, como demuestra el que el clímax no lo constituye la muerte de Clitemnestra, sino la de Egisto; ni se plantea un problema propiamente moral: el matricidio no es una etapa en la consecución de la auténtica justicia, como en Esquilo. Tampoco es, sin embargo, contra lo que se suele mantener, una obra en la que lo principal es el estudio del carácter de Electra.

Creo que es Kitto quien ha entendido mejor este drama de Sófocles. Según este crítico, lo que plantea el dramaturgo es la dinámica de *dikē*, pero entendiendo por *dikē* no la justicia moralizadora de Esquilo, sino el equilibrio, el orden normal de las cosas. Es un concepto más cercano al de la filosofía jonia, un concepto amoral de *dikē* que presupone una identificación del mundo físico y el humano.

De aquí se siguen una serie de divergencias —con respecto a Esquilo y Eurípides— tanto en lo que se refiere al tema como al carácter de los protagonistas: así el que Apolo no ordene la muerte de Clitemnestra para que el matricidio aparezca como un acto natural; que nunca se censure el matricidio como un acto perverso; que los protagonistas actúen con la frialdad propia del ejecutor de un crimen necesario, etc.

Eurípides, aparentemente más cercano a Sófocles por hacer de Electra el centro del drama, de hecho está más cerca de Esquilo en el sentido de que lo que plantea su obra es también un problema moral. Pero está muy lejos de uno y otro, hasta el punto de que su obra resulta una auténtica recreación del tema y no se puede admitir que sea un mero intento de criticar o de ridiculizar el tratamiento que de él hicieron sus predecesores, como han sugerido algunos críticos⁴.

Tampoco se puede admitir, sin más, la opinión Kitto en el sentido de que se trata sencillamente de un melodrama. Según él sería inútil buscar una idea trágica, dado que lo que pretende Eurípides es tener el interés del espectador con efectos dramáticos porque «sobre el aspecto moral de la venganza no tenía nada nuevo que decir»⁵.

Es evidente que para «decir» algo nuevo sobre este tema bastaba con hacer precisamente lo que hace Eurípides, esto es, suprimir la importancia del elemento divino, fundamental en sus predecesores, y humanizar el drama: esto le ha llevado a su vez a dotarle de detalles más realistas y en

⁴ Aunque de hecho haya, circunstancialmente, ironía con respecto a algunos puntos y se introduzcan detalles más realistas; así el que Orestes no entre en Micenas (o Argos); el rechazo de los objetos de las anagnórisis, etc.

⁵ En realidad el análisis de Kitto sobre diferentes aspectos de la Electra de Eurípides es uno de los más inteligentes que se han escrito, pero la tesis general es difícil de admitir.

definitiva de una mayor verosimilitud, haciendo a los personajes más cercanos a nosotros. En efecto, la Electra de Eurípides es un drama familiar, pero no un drama burgués, lo que le quitaría su carácter de universalidad y, en definitiva, de tragedia clásica. De esta forma Eurípides se vio forzado a innovar el mito, tanto en determinados detalles como en el carácter de sus personajes principales.

En cuanto al mito, se suprimen los elementos más conspicuamente religiosos: los mismos personajes dudan que Apolo haya dado la orden; ya no hay rito funerario en la tumba de Agamenón; no hay sueño de Clitemnestra. Y se plantean situaciones más realistas: aquí Electra no está en el palacio, como la encontramos en Esquilo y Sófocles, sino casada con un campesino para que sus hijos, si los tiene, no sean válidos vengadores de Agamenón, dada su baja estirpe; Orestes no entra en Argos para matar allí a Clitemnestra y Egisto, sino que el autor los hace salir a ellos lejos de la ciudad, lo cual es, sin duda, más verosímil, etcétera. En cuanto a los personajes, la riqueza de sus caracteres mayor que en Esquilo y aun que en Sófocles, tienen el de que Electra carga demasiado las tintas: es demasiado malvada para que el espectador pueda identificarse con ella.

Como Apolo ya no es el motor supremo de la acción el mismo Orestes duda que pueda haber salido de dios tal orden, Eurípides tiene que resaltar el lado humano de sus motivaciones; de aquí la insistencia hasta la saciedad en la situación lamentable e injusta en que se encuentran: Orestes desposeído de su reino, Electra vejada y entregada en matrimonio a un campesino. También por la misma razón se contrasta de una manera mucho más realista que en Esquilo o Sófocles la opulencia y felicidad de Egisto y Clitemnestra con la pobreza de los dos hermanos, especialmente en la escena del agón entre Electra y Clitemnestra.

Pero si Eurípides ha cargado las tintas hasta la exageración en el personaje de Electra, haciendo de ella una mujer amargada e incluso malvada, en el de Orestes ha creado un carácter magistral. Este Orestes no es el ejecutor firme de la orden de Apolo que se nos muestra en Esquilo y Sófocles, sino el adolescente irresoluto y desconfiado: no entra en Argos; busca continuamente apoyo y guía; no se da a conocer a Electra ni aún después de saber que el Coro le es fiel; está dispuesto a huir en cualquier momento. Es incluso histérico —como se ve en el kómmós que sigue a la muerte de Clitemnestra— y cobarde: mata a Egisto por la espalda, necesita de la ayuda material de Electra para matar a su madre.

En fin, se puede afirmar que la Electra de Eurípides es una de sus obras más logradas, tanto en lo que se refiere a la estructura, como se ve en el equilibrio entre sus dos partes, como en el dibujo de caracteres. El que los de Orestes y —sobre todo— Electra estén un poco recargados no debe hacernos pensar que se trata de un melodrama de buenos y malos.

Hay tragedia, hay sufrimiento de unos seres muy humanos que se debaten entre el odio, el crimen y los remordimientos. Y el espectador sale con el sentimiento de que el matricidio es un crimen repugnante y que si es un dios el que lo ha ordenado, este dios es igualmente repugnante.

ARGUMENTO

... el campesino [¿ordena?] entrar a los hombres para que participen de una hospitalidad [...] pobre pero generoso (?) y él mismo se retira luego a disponer con diligencia el alimento. Como se enterara de lo sucedido el viejo que [¿salvó?...] a Orestes, llegó con presentes para Electra, regalos que hace la tierra gratuitamente para los que trabajan en el campo. Cuando hubo visto a Orestes y reconocido una señal en su piel, descubrió a Orestes ante su hermana. Éste no estaba dispuesto... pero aceptó...

PERSONAJES

LABRADOR DE MICENAS

ELECTRA

ORESTES

PÍLADES

VIEJO ESCLAVO

SIERVO DE ORESTES

CLITEMNESTRA

DIOSCUROS

CORO DE MUJERES DE MICENAS

ESCENA:

JUNTO A LA FRONTERA DE ARGOS,
ANTE LA CASA DE UN LABRADOR.

LABRADOR. — Oh antigua llanura⁶ de mi tierra y corriente del Inaco, de donde un día el soberano Agamenón navegó hacia Troya con mil naves para levantar guerra. Mató a Príamo, soberano de Ilión, destruyó la ilustre ciudad de Dárdano, regresó a Argos y erigió en los elevados templos numerosos despojos de guerreros bárbaros. 5

Allí fue afortunado, en cambio en casa murió a traición a manos de su esposa Clitemnestra y de Egisto, el hijo de Tiestes⁷. 10

Conque al morir dejó el antiguo cetro de Tántalo y Egisto se convirtió en rey del país quedándose con la esposa de aquél, con la hija de Tindáreo.

A los hijos que dejó en casa cuando partió navegando hacia Troya... —un varón, Orestes, y una hembra, Electra— a Orestes lo arrebató a ocultas el viejo ayo de su madre cuando iba a morir a manos de Egisto y se lo entregó a Estrofo⁸ para que lo criara en el país 15

⁶ Gr. árgos. Otros editores lo escriben con mayúscula, aunque hacen la salvedad de que no se refiere a la ciudad, sino a la región. Cf. Schiassi, Eurípide, Elettra, Bolonia, 1967, pág. 37.

⁷ Aquí se reparte la responsabilidad del crimen entre Clitemnestra y Egisto, aunque más adelante (v. 1046) se considera Clitemnestra a sí misma la principal culpable (como sucede en Esquilo). En Homero a veces (Odisea III 193) es Egisto el asesino exclusivamente.

⁸ Hijo de Zeus y padre de Pélope. La estirpe de éstos reciben el nombre de Tantálidas y de Pelópidas.

de Focea. Electra permaneció en casa de su padre y cuando le llegó la edad floreciente de la juventud, la pretendieron los más nobles de la Hélade. Pero Egisto, temiendo no fuera a tener con uno de los nobles un hijo que vengara a Agamenón, la retuvo en casa y no la entregó a novio alguno. 20

Pero como todavía era motivo de miedo el que fuera a engendrar un hijo ocultamente con algún noble, decidió matarla, si bien su madre, con ser cruel, la salvó de manos de Egisto. 25

Y es que excusas sí tenía para la muerte de su marido, pero temía incurrir en odio si mataba a sus hijos. 30

Con estas premisas Egisto ideó lo siguiente: prometió oro a quien matara al hijo de Agamenón, que había salido fugitivo del país, y a mí me entregó Electra como esposa (yo soy descendiente de antepasados de Micenas y en esto, desde luego, no ofrezco motivo de reproche; éramos brillantes por cuna, pero pobres de dinero y así se perdió nuestra nobleza) con la idea de que entregándola a alguien insignificante menor sería su miedo. En efecto, si la hubiera poseído un hombre de categoría habría despertado la sangre de Agamenón, que ahora duerme, y algún día le habría llegado el castigo a Egisto. 35

Este hombre que veis aquí nunca ha mancillado su lecho —Cipris⁹ es testigo—. Todavía permanece virgen, pues me da vergüenza deshorrar a la hija de hombres nobles yo que soy indigno. 40

Por otra parte, sufro por el desdichado Orestes —pariente mío de palabra— si algún día vuelve a Argos y contempla el desgraciado matrimonio de su hermana. El que crea que soy bobo¹⁰ si teniendo a una joven virgen en mi casa no la toco, sepa que lo es él por medir la moderación con la vara de su mente perversa. 45

50

(Sale Electra con un cántaro en la cabeza.)

ELECTRA. — Oh negra noche, nodriza de los astros de oro, en que me dirijo al río, en busca de agua, llevando este cántaro apoyado sobre mi cabeza (no porque haya llegado a tal punto de indigencia, sino para mostrar a los dioses los ultrajes de Egisto); y suelto al gran éter lamentos por mi padre. La infame hija de Tindáreo, mi madre, me ha arrojado de casa por con- 55

60

Padre de Pilades, casado con una hermana de Agamenón, que acogió al pequeño Orestes cuando tuvo que huir.

⁹ Sobrenombre de Afrodita, la diosa de Chipre. A veces es simple metonimia por «amor».

¹⁰ Frase sólo inteligible si se tiene en cuenta que moros significa «bobalicón», pero también «lascivo», etc. (en oposición a sp6hr3n).

graciarse con su esposo. Ahora que ha parido otros hijos con Egisto, nos tiene a Orestes y a mí marginados de su casa.

LABRADOR. — ¿Por qué, desdichada, trajinas para mí y realizas esas tareas —tú que te criaste en el lujo— y no las dejas cuando te lo digo? 65

ELECTRA. — Te tengo por amigo semejante a los dioses, pues no te me has insolentado en mi desgracia. Gran suerte es para el hombre encontrar en la desdicha un alivio como yo tengo en ti. Pero precisamente debo compartir contigo voluntariamente las tareas, aligerando tu trabajo en la medida de mis fuerzas para que lo soportes mejor. Ya tienes bastante con tus labores del campo; el de la casa debo disponerlo yo. 70 75

A un trabajador que vuelve del campo le resulta agradable encontrar dentro todo bien dispuesto.

LABRADOR. — Si así te lo parece, marcha. En realidad la fuente no está lejos de esta casa. Yo al amanecer llevaré los bueyes al campo para sembrar los surcos. Que ningún gandul, por más que tenga siempre a los dioses en su boca, podrá reunir el sustento sin esfuerzo. 80

(Salen ambos por la derecha. Entran Pílates y Orestes por la izquierda.)

ORESTES. — Pílates, sabes que te considero, por encima de los demás hombres, mi amigo y huésped más fiel. Sólo tú honrabas a este Orestes entre tus amigos, infortunado como soy por el terrible trato que he recibido de Egisto. Él fue quien mató a mi padre. Él y mi funesta madre por mandato del oráculo de un dios. Acabo de llegar, sin que nadie lo sepa, al umbral de Argos para cobrar su crimen a los asesinos de mi padre. 85 90

La pasada noche me acerqué a la tumba de mi padre, ofrecí mis lágrimas y parte de mi pelo e inmolé sobre el altar la sangre de una oveja, pasando inadvertido a los tiranos que dominan esta tierra.

No voy a poner mi pie dentro de los muros¹¹, me he detenido en la frontera del país juntando dos deseos: poder dirigir mis pasos a otra tierra si me reconoce alguno de los vigilantes, y buscar a mi hermana (dicen que vive casada y que ya no permanece virgen). Mi 95 100

¹¹ Tanto aquí como en la anagnórisis (cf. vv. 520 y sigs.). Eurípides parece rectificar e incluso criticar a sus predecesores buscando un mayor realismo y verosimilitud. En Esquilo y Sófocles la acción se desarrolla en pleno corazón de Argos.

intención es reunirme con ella y hacerla cómplice de mi crimen para enterarme, al menos, de lo que sucede dentro de los muros.	
Ahora pues, ya que la aurora levanta su blanco rostro, pondremos nuestra huella fuera de este sendero. Aparecerá a nuestra vista un labrador o una esclava a la que podremos preguntar si mi hermana vive por estos contornos. (Vuelve a entrar Electra por la derecha.)	105
Bien, Pílates, ahí veo a una sierva que lleva en su cabeza rapada el peso de un cántaro. Sentémonos, preguntemos a esa mujer por si nos ofrece alguna explicación de las cosas por las que hemos venido a esta tierra.	110
ESTROFA 1. a	
ELECTRA. —Acelera —¡es hora!— el ritmo de tu pie, ¡oh!, camina, camina llorando. ¡Ay de mí, ay de mí!	
Hija soy de Agamenón y me parió Clitemnestra, la odiosa hija de Tindáreo, y me llaman «desdichada Electra» los ciudadanos. ¡Ah, qué horribles trabajos, qué vida tan odiosa! Padre, tú yaces en el Hades inmolado por tu esposa y por Egisto, oh Agamenón.	115 120
MESODA ASTRÓFICA.	
Vamos, levanta el mismo lamento de siempre, suscita el placer del abundante llanto.	125
ANTISTROFA 1. a	
Acelera —¡es hora!— el ritmo de tu pie. ¡Oh!, camina, camina llorando. ¡Ay de mí, ay de mí! ¿Por qué ciudad, por qué moradas, desdichado hermano, andas trajinando y dejas en la casa paterna a tu pobre hermana entre los más terribles sufrimientos? Ven a libramme a mí, la desdichada, de estas fatigas —¡oh Zeus, Zeus!— y a vengar la sangre de tu padre, la más aborrecible.	130 135
ESTROFA 2. a	
Toma ¹² este cántaro de mi cabeza, deposítalo para que a mi padre nocturnos gemidos al amanecer yo grite, un alarido, un canto de Hades, padre, de Hades. Te dedico soterraños lamentos a los que sin cesar de día me entrego cortando mi querida piel con las uñas y poniendo —por causa de tu muerte— las manos sobre mi rapada cabeza.	140 145
MESODA ASTRÓFICA.	150

¹² Según Schadewaldt (Monolog und Selbstgesprach, Berlin, 1926, pág. 215), este imperativo se refiere a una esclava que entra detrás; los demás se refieren a ella misma.

¡Ay, ay, desgarras tu rostro! Como el cisne quejumbroso junto a la corriente del río llama a su querido padre, perdido de muerte entre los traidores cercos de una red, así, padre, te lloro a ti, al infeliz. 155

ANTISTROFA 2. a

Y por vez postrera agua derramo sobre tu cuerpo en el triste lecho de tu muerte. ¡Ay de mí, ay de mí! 160
¡Qué amargo, padre, el trabajo del hacha que te segó, qué amarga la emboscada cuando volvías de Troya! 165
No con diademas te acogió tu mujer ni con coronas. 165
Con la espada de Egisto de doble filo te asestó un triste golpe mortal y cobró un esposo a traición.

(Entra el Coro formado por muchachas argivas.)

ESTROFA 3. a

CORO. — Hija de Agamenón, Electra, me he acercado a tu morada del campo. Vino un hombre de Micenas, vino un montero bebedor de leche y me anunció que los argivos han proclamado fiesta de tres días¹³ y todas las doncellas se aprestan a venir hasta el templo de Hera. 170 175

ELECTRA. — Mi corazón no vuela hacia los adornos de fiesta, amigas, ni hacia collares de oro —¡desdichada!— ni voy a formar coro con las mozas argivas ni a marcar círculos con golpes de mi pie. Entre lágrimas paso la noche, y de llorar me ocupo —¡desdichada!— de día. Mira mi pelo sucio. Y los jirones éstos de mi peplo mira si son dignos de una princesa, hija de Agamenón, y de la Troya que no olvida que un día fue abatida por mi padre. 180 185

ANTISTROFA 3. a

CORO. — Grande es la diosa. Anda, vamos, toma de mí prestada una túnica llena de broches y adornos de oro para alegrar la fiesta. ¿Crees que con lágrimas, sin honrar a los dioses, podrás vencer a tus enemigos? No es con lamentos, sino con súplicas venerando a los dioses como tendrás sosiego, hija. 190 195

ELECTRA. — Ninguno de los dioses se ocupa de la voz de esta malhadada ni de la ya vieja muerte de mi padre. ¡Ay de mi muerto! ¡Ay de mi vivo errante, que habita en cualquier tierra, un pobre desterrado en el hogar de un tetel¹⁴, él, que nació de ilustre padre! Yo 200 205

¹³ Las Hereas o Hecatombas que se celebraban en el célebre templo de Hera en Argos (cf. Heleodoro, 1 31).

misma habito en casa de un bracero con corazón ajado,
expulsada de la casa materna en las cárcavas del
monte. Y mi madre vive con otro, amancebada en le-
cho de sangre. 210

CORIFEO. — De los muchos males de Grecia y de tu
casa es culpable Helena, la hermana de tu madre.

(Electra descubre a Pilades y Orestes.)

ELECTRA. — Ay de mí, mujeres, abandono mi canto
fúnebre. Han dejado su escondrijo unos hombres ex-
traños que se apostaban junto a la casa. Huye tú por
el camino, que yo trataré de refugiarme en casa li-
brándome de esos malhechores. 215

(Orestes se interpone y trata de asirla de la mano.)

ORESTES. — Espera, amiga. No temas mi mano. 220

ELECTRA. — Oh Febo Apolo, postrada te suplico que
no me dejes morir.

ORESTES. — Antes que a ti mataría a otros que me
son más odiosos.

ELECTRA. — Márchate, no toques lo que no te es
lícito tocar.

ORESTES. — Nadie hay a quien podría tocar con más
razón. 225

ELECTRA. — ¿Entonces por qué te ocultas junto a
mi casa armado de espada?

ORESTES. — Detente, escúchame y dejarás pronto de
hablar en vano.

ELECTRA. — Me detengo, soy toda tuya, pues eres
más fuerte.

ORESTES. — He venido a traerte un mensaje de tu
hermano.

ELECTRA. — ¡Oh mi más caro amigo! ¿Vive él o está
muerto? 230

ORESTES. — Vive —quiero comunicarte primero las

¹⁴ Obrero a sueldo, aunque libre. Forma el último estrato inmediatamente antes del esclavo, en la escala social homérica.

buenas noticias—.

ELECTRA. — ¡ Que seas feliz en premio a tus agradables palabras!

ORESTES. — Este tu deseo lo pongo en común para ambos.

ELECTRA. — ¿En qué parte de la tierra tiene paciente exilio el desdichado?

ORESTES. — Se conforma acatando las leyes de muchos países.

235

ELECTRA. — ¿No anda falta del sustento diario?

ORESTES. — Lo tiene, pero ¡qué débil vive un hombre que anda huyendo!

ELECTRA. — ¿Qué palabras me traes de parte suya?

ORESTES. — Quiere saber si vives, dónde vives y en qué condiciones

ELECTRA. — Ya ves, para empezar, que mi cuerpo está ajado...

240

ORESTES. — Sí, consumido por la pena hasta hacerme llorar.

ELECTRA. — ... y que mi cabeza y pelo están rapados a la manera escita¹⁵.

ORESTES. — ¡Seguro que te duelen tu hermano y el padre que perdiste!

ELECTRA. — ¡Ay de mí! ¿Qué puede serme más querido que ellos?

ORESTES. — ¡Ay, ay! ¿Y qué crees que eres tú para tu hermano?

ELECTRA. — Amigo ausente, no presente, es él para mí.

245

ORESTES. — ¿Por qué vives aquí, lejos de la ciudad?

ELECTRA. — He sido entregada, forastero, en mor-

¹⁵ Eskythism~nofl, verbo formado en base a la costumbre escita de rapar la cabeza al enemigo capturado (cf. Heródoto, IV 64).

tal¹⁶ matrimonio.

ORESTES. — (*Lanza un gemido.*) Gimo por tu hermano. ¿A quién de los miceneos?

ELECTRA. — No a quien mi padre esperaba un día entregarme.

ORESTES. — Dímelo, para que me entere y se lo comunique a tu hermano. 250

ELECTRA. — Vivo apartada en esta su casa.

ORESTES. — Un cavador o un vaquero sería digno habitante de esta casa.

ELECTRA. — Es hombre pobre, pero noble y respetuoso conmigo.

ORESTES. — ¿Qué clase de respeto te tiene tu esposo?

ELECTRA. — Nunca se ha atrevido a tocar mi cama. 255

ORESTES. — ¿Tiene algún escrúpulo¹⁷ por los dioses, o es que te desprecia?

ELECTRA. — No quería ultrajar a mis padres.

ORESTES. — ¿Cómo es que no se aprovechó de tu matrimonio teniéndolo en sus manos?

ELECTRA. — No tiene por señor a quien me entregó, forastero. 260

ORESTES. — Comprendo. Teme rendir cuentas un cija a Orestes.

ELECTRA. — Por temor a esto y porque además es hombre cuerdo de sí.

ORESTES. — ¡Ah, noble es el hombre de que hablas y hay que recompensarle!

ELECTRA. — Desde luego, si es que el que ahora está ausente regresa algún día a casa.

¹⁶ El matrimonio con un obrero la hace sentirse desclasada y, por tanto, muerta. Esta misma idea la repite en el agón con Clitemnestra (cf. Vv. 1092 y sigs.).

¹⁷ Gr. hágneuma. Podría quizá traducirse por «sentimiento de castidad», nunca «voto de castidad», como hace Schiassi, página 76.

ORESTES. — ¿Y la madre que te parió ha soportado éste, tu matrimonio? 265

ELECTRA. — Forastero, las mujeres aman a sus hombres, no a sus hijos.

ORESTES. — ¿Por qué razón te ha inferido Egisto este ultraje?

ELECTRA. — Me entregó a un hombre débil, pues quería que mis hijos no tuvieran fuerza.

ORESTES. — ¿Sin duda para que no parieras hijos que se vengaran?

ELECTRA. — Eso deseaba. ¡Un día le ajustaré yo cuentas por ello! 270

ORESTES. — ¿Sabe el marido de tu madre que permaneces virgen?

ELECTRA. — No lo sabe. Nuestro silencio le priva de ello.

ORESTES. — Bien. ¿Son éstas, amigas para que escuchan nuestras palabras?

ELECTRA. — Sí, y para ocultar bien tus palabras y las mías.

ORESTES. — En vista de esto, ¿qué puede hacer Orestes si vuelve a Argos?

ELECTRA. — ¿Y tú me lo preguntas? ¡Qué vergüenza! ¿No es ya momento de actuar? 275

ORESTES. — Suponiendo que vuelva, ¿cómo podría matar a los asesinos de su padre?

ELECTRA. — Con arrestos, como los que sus enemigos tuvieron con su padre.

ORESTES. — Y tú, ¿te atreverías a matar a tu madre con él?

ELECTRA. — Sí, con la misma seguridad con que mi padre murió.

ORESTES. — ¿Le digo esto y que es firme por tu parte? 280

ELECTRA. — ¡Ojalá pudiera yo morir luego de derramar la sangre de mi madre!

ORESTES. — ¡Oh, ojalá estuviera Orestes aquí cerca para oírlo!¹⁸

ELECTRA. — Pero, forastero, si le viera no lo reconocería.

ORESTES. — No es de extrañar, si os separasteis cuando los dos erais niños.

ELECTRA. — Sólo uno de los que me son fieles lo reconocería. 285

ORESTES. — ¿Quizá el hombre que, dicen, lo salvó de la muerte?

ELECTRA. — Sí, un anciano que educó antiguamente a mi padre.

ORESTES. — ¿Tu difunto padre ha recibido sepultura?

ELECTRA. — La recibió como la recibí, arrojado fuera del palacio.

ORESTES. — ¡Ay de mí! ¿Qué dices? El recibir noticias de males, incluso ajenos, produce dolor a los mortales. Habla para que transmita con conocimiento a tu hermano esas palabras tristes, pero que necesita oír. De ninguna manera se asienta la piedad en el ignorante, sino en el hombre que conoce, aunque tampoco la sabiduría excesiva de los sabios suele quedar sin castigo. 290
295

CORIFEO. — También yo tengo en mi corazón un deseo semejante al suyo. Como vivo lejos de la ciudad, no conozco los horrores que suceden dentro y ahora he dado también yo en querer conocerlos. 300

ELECTRA. — Hablaré si es preciso —y he de hacerlo ante un amigo— del pesado destino mío y de mi padre.
Pues me has movido a hablar, forastero, te ruego transmitas a Orestes mi desgracia y la de aquél: primero en qué ropa ando por el campo, qué carga tengo de suciedad y en qué casa vivo —yo que procedo de un palacio real—; que con mi propio esfuerzo fabrico 305

¹⁸ Ironía trágica. Los espectadores están viendo a Orestes en persona.

mis vestidos en el telar, si no quiero llevar desnudo
el cuerpo y privado de ropa; que voy por agua al río
y que no participo en fiestas, sacrificios ni coros. Rehú-
yo por vergüenza a las mujeres, pues soy virgen, y he
renunciando a Cástor, a quien por ser pariente me
prometieron antes de que él ascendiera junto a los
dioses¹⁹. 310

En cambio mi madre se sienta en el trono entre
despojos frigios y a su vera se apostan las esclavas
asiáticas que conquistó mi padre, mientras entretejen
mantos del Ida con lanzaderas de oro. 315

Entre tanto, la sangre de mi padre —¡todavía!— se
corrompe y ennegrece, mientras el que lo mató anda
paseándose subido al mismo carro de mi padre y se
pavonea llevando entre sus manos criminales el cetro
con que aquél conducía a los griegos. 320

La tumba de Agamenón aún no ha recibido, para su
deshonra, libaciones ni ramos de arrayán y su altar
está vacío de ornamentos. Empapado en vino, el esposo
de mi madre, «el ilustre» como ahora lo llaman, pi-
sotea la tumba y apedrea el monumento roqueño de
mi padre. Y todavía se atreve a proferir este insulto
contra nosotros: «¿Dónde está tu hijo Orestes? ¿No
está aquí presente para proteger debidamente tu se-
pultura?» Estos ultrajes recibe Orestes por estar
ausente. 325

Conque, forastero, te ruego comuniqués estas pa-
labras: «muchos desean su vuelta y yo soy su intér-
prete —yo y mis manos, lengua y sufrido corazón,

mi cabeza rapada—, y el padre que engendró al au-
sente»²⁰. 335

Es un baldón que su padre haya destruido a los
Frigios y que él no sea capaz de matar a un solo
hombre, joven como es y nacido de mejor padre.

(Entra el labrador.)

CORIFEO. — Bien, estoy viendo a éste —a tu esposo
digo— que se dirige a casa terminado su trabajo. 340

LABRADOR. — *(Se dirige a Electra.)* ¡Vaya! ¿Qué fo-
rasteros son éstos que veo a mi puerta? ¿Por qué
razón han venido a mi casa del campo? ¿Me necesitan
a mí? En cualquier caso, es feo para una mujer ca-
sada estar en compañía de hombres mozos.

¹⁹ Hecho desconocido fuera de este pasaje. Cástor era tío de Electra.

²⁰ Cf. nota 18.

ELECTRA. — Querido, no me vengas con suspicacias; vas a conocer la verdad. Estos forasteros han venido a comunicarme un mensaje de Orestes. Vamos, forasteros, perdonadle sus palabras. 345

LABRADOR. — ¿Qué dicen? ¿Es ya un hombre y vive?

ELECTRA. — Vive, según cuentan, y lo que dicen es de confianza para mí. 350

LABRADOR. — ¿También piensa en la desgracia de tu padre y tuya?

ELECTRA. — Eso espero, mas un hombre que huye es débil.

LABRADOR. — ¿Qué mensaje vienen a comunicarte de Orestes?

ELECTRA. — Los ha enviado para que observen mis males. 355

LABRADOR. — Entonces unos ya los ven y los otros seguro que se los has contado tú.

ELECTRA. — No les falta por conocer ninguno de ellos.

LABRADOR. — ¿No deberíamos, entonces, haber abierto hace tiempo nuestra puerta para ellos?

Entrad en casa, a cambio de vuestras buenas noticias recibiréis los dones de hospitalidad que mi hogar pueda tener dentro. 360

Siervos, llevad adentro su equipaje. Y vosotros, que sois amigos y venís de parte de un amigo, nada repliquéis; que si soy pobre de nacimiento, os voy a demostrar que mi natural, al menos, no carece de nobleza.

ORESTES. — ¡Por los dioses! ¿Es éste el hombre que coopera para ocultar tu matrimonio por no afrentar a Orestes? 365

ELECTRA. — Él es quien tiene el nombre de esposo de la pobre Electra.

ORESTES. — ¡Ah! En lo tocante a nobleza ninguna señal es inequívoca. Y es que la naturaleza humana está en confusión. 370

He visto a hijos de padre noble que nada son y a hijos de villanos que son hombres excelentes; he visto

la miseria en el corazón de un rico y un alma grande en el cuerpo de un pobre. ¿Cómo, entonces, se puede juzgar distinguiendo rectamente entre una y otra cosa? ¿Acaso por la riqueza? Mal juez para servirse de él. ¿Entonces por la pobreza? Pero es que la pobreza comporta una tara y enseña a un hombre a ser malo por culpa de la necesidad. ¿Tomaré en consideración acaso las armas? Nadie puede testificar quién es valiente si está concentrado en la lucha²¹. Lo mejor es dejar estas cosas abandonadas al azar. 375

He aquí un hombre que se ha revelado excelente sin ser grande en Argos ni orgulloso de la reputación de su familia. Un hombre que pertenece a la mayoría. ¿No vais a entrar en razón los que andáis por ahí llenos de prejuicios hueros? ¿No vais a juzgar a un hombre noble por el trato y por su forma de ser? Hombres como éste gobiernan bien los Estados y sus casas; en cambio esos cuerpos vacíos de juicio son adornos del ágora. Tampoco es cierto que un brazo fuerte aguante la lanza mejor que uno débil. La entereza reside en la naturaleza y en el valor²². 380

Pero aceptemos alojarnos en su casa, que lo merece el aquí presente y el hijo de Agamenón ausente por cuya causa hemos venido. Esclavos, hemos de dirigirnos al interior de la casa, que para mí tengo que un pobre está más dispuesto a hospedar que un rico. Acepto, pues, el alojamiento en casa de este hombre, si bien preferiría que tu hermano me condujera a su próspera morada como hombre afortunado. Pero puede que regrese, pues los oráculos de Loxias son firmes; en cambio la adivinación de los hombres... ¡que se vaya al cuerno! 385

390

395

400

(Entran Orestes y Pilades en la casa.)

CORIFEO. — Ahora más que antes, Electra, tenemos el corazón caldeado por la alegría. Quizá la suerte se quede para bien, aunque avance con dificultad. 405

ELECTRA. — ¡Pobre hombre! ¿Por qué has recibido a estos forasteros, superiores a ti, conociendo la pobreza de tu casa?

LABRADOR. — ¿Por qué no? Si son nobles, como lo parecen, ¿no se contentarán lo mismo con la escasez que con la abundancia?

²¹ Esta misma idea en Suplicantes: Vv. 849 y sigs.

²² Wilalmowitz considera sospechosos los Vv. 373-379 y 386-390; piensa que pertenecen a otra obra y han sido incorporados aquí secundariamente. Sin embargo, este tipo de generalizaciones son lo suficiente familiares como para no extrañar.

ELECTRA. — Ahora que has cometido un tropiezo estando, como estás, en la escasez, marcha junto al viejo y querido ayo de mi padre que, expulsado de la ciudad, anda pastoreando el ganado cerca del río Tánao que traza la frontera entre Argos y la tierra espartana.	410
Ordénale que venga y prepare algo para agasajar a estos forasteros que acaban de llegarme. ¡Cómo va a alegrarse y a dar gracias a los dioses cuando oiga que vive el niño a quien él salvó un día!	415
De lo que pertenece a la casa de mi padre nada tomaré de manos de mi madre. ¡Amargo nos resultaría el anuncio si la desdichada se entera ya de que Orestes vive!	420
LABRADOR. — Bien, si te parece, llevaré éstas, tus palabras, al anciano. Entra en casa en seguida y dispón todo dentro; que una mujer, si quiere, puede encontrar cosas que añadir a un banquete. Todavía quedan en casa alimentos como para saciar a éstos de comida durante todo un día. (<i>Entra Electra en casa.</i>)	425
Cuando en ocasiones como ésta fracaso en mis intenciones ²³ , observo que la riqueza tiene gran importancia; puede obsequiar a los huéspedes y salvar con recursos un cuerpo que ha caído enfermo. En cambio, en lo tocante al alimento diario, de poco vale: todo hombre que se sacia —sea rico o pobre— se lleva lo mismo. (<i>Sale por la derecha.</i>)	430
CORO.	
ESTROFA 1. a	
Naves ilustres que un día arribasteis a Troya con incontables remos escoltando la danza de las Nereidas cuando saltaba el delfín amante de la flauta ante las proas de oscuros espolones retorciéndose, acompañando al hijo de Tetis, ligero en el salto de sus pies,	435
a Aquiles, junto con Agamenón hasta las riberas del Simoeis en Troya.	440
ANTISTROFA 1. a	
Las Nereidas dejaron las alturas de Eubea y llevaron el escudo, armadura de oro, trabajo de los yunques de Hefesto ²⁴ y por el Pelión y por los hondos valles de la Sagrada Osa, atalaya de las Ninfas, buscaban al	445

²³ El v. 426 es probablemente corrupto, aunque mantenemos el texto que ya leyó así Estobeo (cf. 91...). Otros (cf. Schiassi, pág. 100) traducen «contra mi voluntad».

²⁴ Literalmente «llevaron de los yunques de Hefesto las fatigas del escudo (consistentes en), una armadura de oro». Según la versión homérica, Aquiles heredó sus célebres armas de Peleo, a quien se las dieron los dioses como regalo de boda. Aquí son las Nereidas quienes le llevan este regalo que Tetis obtiene de Hefesto.

muchacho donde un jinete²⁵ lo crió como padre para
luz de la Grecia, el hijo de la marina Tetis, pie veloz
para bien de los Atridas. 450

ESTROFA 2. a

A alguien que de Ilión venía, en el puerto de Nazi-
plio oí decir, ¡oh hijo de Tetis!, que en el orbe de tu 455
ilustre escudo hay estas figuras, terror para los fri-
gios: que en la base del escudo, en su borde, Perseo,
el segador de cuellos, sostiene la cabeza de Gorgona 460
con sandalias aladas²⁶ sobre el mar y con él está Her-
mes, pregonero de Zeus, el hijo montaraz de Maya.

ANTISTROFA 2. a 465

Y en medio del escudo brillaba radiante el carro
redondo del sol con yeguas aladas y los coros celestes
de astros, las Pléyades, las Hiades que ante los ojos 470
de Héctor rotaban. Sobre el casco de oro trabajado,
la Esfinge llevando entre sus uñas un trofeo ganado
por sus cantos. En la coraza que rodea sus flancos una
leona que respira fuego apresura la marcha con sus 475
zarpas cuando ve al potro de Pirene²⁷.

EPODO.

En la homicida lanza saltan cuatro caballos y el pol-
vo vuela por sus lomos. ¡Hija de Tindáreo²⁸, de malos 480
pensamientos, tus amores mataron al rey de guerreros
tan esforzados en la lucha! Por tanto, algún día los
hijos de Urano te darán la muerte. Sí, todavía he de 485
ver, todavía, la sangre correr por el hierro de tu gar-
ganta enrojecida.

(Entra por la derecha el viejo esclavo.)

ANCIANO. — ¿Dónde, dónde está mi joven señora y
dueña, la hija de Agamenón a quien un día yo crié? 490
Bien empinada tiene la subida a la casa para que un
viejo arrugado como yo ascienda a pie. Con todo, tra-
tándose de amigos he de arrastrar mi espalda doblada
y torcida rodilla. *(Sale Electra de la casa.)*

Hija —ahora te veo ya ante la casa—, te traigo de 495
mis ganados este recental que acabo de sacar de de-
bajo de una oveja, y coronas y quesos recién salidos

²⁵ Probablemente referido a Quirón, preceptor de Aquiles, como piensa Denniston, Eurípides: *Electra*, Oxford, 1938 (en cuyo caso hay que entender pater como predicativo). Schiassi cree que pater hippóias («su padre el jinete») se refiere a Peleo, aduciendo el adjetivo hippiléta que le aplica Homero.

²⁶ Son las sandalias aladas, atributo de Hermes como mensajero divino que este dios prestó a Perseo para esta hazaña.

²⁷ Es la quimera que huye de Pegaso, montado por Belerofonte de Corinto (donde está la fuente y el río Pirene).

²⁸ (Imprecación inesperada a) Clitemnestra.

del molde, y este viejo tesoro de Dioniso bien provisto de olor, pequeño, pero para echarlo en bebida más floja que él. Vamos, que alguien lo lleve dentro de la casa para los forasteros, que yo he regado mis ojos de lágrimas y quiero antes secarlas con estos harapos que tengo por manto. 500

ELECTRA. — Anciano, ¿por qué tienes el rostro empapado? ¿Es que después de tanto tiempo mis males han avivado tus recuerdos? ¿O acaso lloras el triste exilio de Orestes y a mi padre, a quien criaste entre tus brazos sin que pudiera servirte de provecho ni a ti ni a tus amigos? 505

ANCIANO. — Sin provecho, pero con todo no es esto lo que no he podido aguantar. Es que me he acercado a su tumba desviándome del camino. Me postré llorando, ya que estaba solo, y desatando el hato que traigo para los forasteros, derramé una libación y puse sobre la tumba ramas de arrayán. Pero sobre el mismo altar vi sacrificada una oveja de negro vellón, sangre recién derramada y un mechón cortado de pelo rubio. 510

Conque me asombró, hija mía, qué hombre había osado acercarse a la tumba. Desde luego no es ningún argivo, ahora que quizá ha venido tu hermano ocultamente y ha honrado, en su retorno, la triste tumba de tu padre. Acerca este mechón a tus cabellos y observa si son del mismo color que este pelo cortado. A quienes tienen la misma sangre paterna suelen nacerles iguales muchas partes del cuerpo. 515

ELECTRA. — Anciano, no hablas como corresponde a un hombre sensato, si piensas que mi valeroso hermano ha venido furtivamente a esta tierra por miedo a Egisto. En segundo lugar, ¿cómo pueden corresponder el pelo de un hombre noble, cuidado para las palestras, y el de una mujer, acostumbrado a los peines? Es imposible. Además encontrarás que muchos tienen semejante el pelo y sin embargo no han nacido de la misma sangre. 525

ANCIANO. — Entonces ve a ponerte en sus huellas, hija, y mira si la pisada de su bota se corresponde con tu pie. 530

ELECTRA. — ¿Cómo puede quedar en suelo duro la impronta de los pies? Pero aún si esto fuera posible, no podría ser igual el pie de dos hermanos, varón y mujer. El varón es más robusto. 535

ANCIANO. — ¿No existe un vestido tejido por tu lan-

zadera por el que reconocieras a tu hermano si regresa a esta tierra, aquel en el que estaba envuelto cuando yo lo sustraje a la muerte? 540

ELECTRA. — ¿No sabes que cuando Orestes se exilió del país yo era todavía niña? Y aún si yo tejiera mantos, ¿cómo iba a llevar ahora la misma ropa que entonces, cuando era niño, a menos que la ropa crezca junto con el cuerpo? 545
Conque o bien se compadeció de su tumba un forastero y cortó su pelo, o uno de aquí burlando a los vigilantes.

ANCIANO. — ¿Dónde están los forasteros? Quiero verlos para preguntarles por tu hermano.

(Salen Orestes y Píldes.)

ELECTRA. — Helos aquí que salen de la casa con rápido pie. 550

ANCIANO. — Pues nobles sí son, aunque la apariencia no es prueba de buena ley, que muchos de noble cuna son villanos. Sin embargo..., doy la venia a los forasteros: ¡Salud!

ORESTES. — Salud anciano... Electra, ¿a quién de tus amigos pertenece esta vieja reliquia de hombre? 555

ELECTRA. — Él fue quien crió a mi padre, forastero.

ORESTES. — ¿Qué dices? ¿Es éste quien ocultó a tu hermano?

ELECTRA. — Él fue quien lo salvó, si es que todavía vive.

ORESTES. — ¡Eh! ¿Por qué me mira intensamente como si examinara la brillante impronta de una pieza de plata? ¿Es que me compara con alguien?

ELECTRA. — Quizá le cumple mirarte, ya que eres de la edad de Orestes. 560

ORESTES. — Sí, de un amigo. Mas, ¿por qué da vuelta a su pie?

ELECTRA. — También yo, forastero, me admiro al verlo.

ANCIANO. — Señora, hija mía Electra, da gracias a

los dioses.

ELECTRA. — ¿Por qué? ¿Por algo ausente o por algo presente?

ANCIANO. — Por recibir un querido tesoro que dios pone ante tus ojos. 565

ELECTRA. — ¡Sea!, invoco a los dioses. ¿Qué quieres decirme ahora, anciano?

ANCIANO. — Hija, contempla a éste, a quien tú más amas.

ELECTRA. — Hace tiempo que no estás ya en tus cabales.

ANCIANO. — ¿Que no estoy en mis cabales por contemplar a tu hermano?

ELECTRA. — ¡Anciano!, ¿qué palabras inesperadas has pronunciado? 570

ANCIANO. — Que estás viendo aquí a Orestes, el hijo de Agamenón.

ELECTRA. — ¿Qué marca miro en la que pueda confiar?

ANCIANO. — Una cicatriz junto a la ceja, la que se produjo un día al caerse cuando perseguía contigo a una cervatilla en el palacio de tu padre.

ELECTRA. — ¿Qué dices?... Si, veo la prueba de su caída. 575

ANCIANO. — ¿Y después de esto tardas en postrarte ante tu ser más querido?

ELECTRA. — Ya no, anciano, mi corazón está convencido con tus señales. ¡Oh, por fin has aparecido y te tengo inesperadamente...

ORESTES. — También yo te tengo por fin. 580

ELECTRA. — ... cuando jamás pensaba!

ORESTES. — Tampoco yo lo esperaba.

ELECTRA. — ¿Eres tú aquél?

ORESTES. — Sí, tu único aliado. Si consigo tirar de la red tras la que vengo... Y estoy convencido de ello o, de lo contrario, habrá que pensar que ya no hay dioses si la injusticia va a superar a la justicia. 585

CORO. — Oh día moroso, has llegado por fin, has llegado, has brillado, has mostrado a las claras una antorcha para la ciudad, un hombre que en fuga ya lejana salió paciente vagabundo de la casa paterna. Un dios, de nuevo un dios arrastra nuestra victoria, amiga. Levanta tus manos, levanta tu voz, lanza tus súplicas a los dioses, que con suerte, con suerte para ti ponga tu hermano su pie en la ciudad. 590 595

ORESTES. — Bien, guardo en mi corazón el placer de vuestro amable saludo y a su debido tiempo os lo devolveré a mi vez. Y ahora anciano (pues has llegado oportunamente), dime qué podría hacer para castigar al asesino de mi padre y a mi madre, copartícipe de un matrimonio impío²⁹. ¿Tengo en Argos algún amigo fiel o todo se ha desbaratado como mi suerte? ¿Con quién relacionarme? ¿De noche o de día? ¿Qué camino podemos emprender contra mis enemigos? 600 605

ANCIANO. — Hijo mío, no te queda ningún amigo ahora que eres infortunado. ¡Qué suerte significa el participar lo mismo en lo bueno que en lo malo! Pero tú —pues para tus amigos estabas completamente destruido y ninguna esperanza les dejaste— has de saber, tras escucharme, que tienes todo en tus manos y en las de la suerte. Puedes apoderarte de tu casa paterna y de tu ciudad. 610

ORESTES. — Entonces, ¿qué podría hacer para alcanzarlo?

ANCIANO. — Matar al hijo de Tiestes y a tu propia madre.

ORESTES. — Ésta es la corona en pos de la cual vengo. Mas ¿cómo me apodero de ella?

ANCIANO. — Entrando en los muros no, ni aunque quisieras. 615

ORESTES. — ¿Están provistos de centinelas y de lanceros?

²⁹ Murray, siguiendo a Wilamowitz, suprime, como interpolado, el v. 600, pero no hay razón de suficiente peso para dudar de la autenticidad del mismo.

ANCIANO. — Bien te has percatado. Egisto tiene miedo y no duerme bien.

ORESTES. — Bien; aconséjame tú ahora, anciano, el paso siguiente.

ANCIANO. — Escúchame atentamente, acaba de ocurrírseme algo.

ORESTES. — ¡Así me manifestaras algo bueno y yo lo captara! 620

ANCIANO. — He visto a Egisto cuando me dirigía hacia acá.

ORESTES. — Entiendo lo que dices. ¿En qué lugares?

ANCIANO. — En el campo, cerca de los pastizales de las caballadas.

ORESTES. — ¿Qué hacía? En mi impotencia vislumbro una esperanza.

ANCIANO. — Preparaba un sacrificio a las Ninfas, según me pareció. 625

ORESTES. — ¿Por la crianza de sus hijos o por un futuro parto?

ANCIANO. — Sólo sé una cosa: preparaba un sacrificio de toros.

ORESTES. — ¿Con cuántos hombres? ¿O estaba sólo con esclavos?

ANCIANO. — No había ningún argivo, sólo un grupo de sirvientes. 630

ORESTES. — ¿No habrá alguno que me conozca, anciano?

ANCIANO. — No, son esclavos que nunca te han visto.

ORESTES. — ¿Estarían de nuestro lado si vencemos?

ANCIANO. — Sí, esto es propio de esclavos y en interés tuyo.

ORESTES. — Entonces, ¿cómo podría acercarme un

momento a él?

635

ANCIANO. — Poniéndote donde pueda verte al realizar el sacrificio.

ORESTES. — Tendrá el campo, como es lógico, junto al camino mismo.

ANCIANO. — Sí, donde te verá y te invitará a que participes del banquete.

ORESTES. — Amargo compañero de festín tendrá si dios lo quiere.

ANCIANO. — Lo demás discúrrerlo tú mismo sobre la marcha.

640

ORESTES. — Has hablado bien. ¿Y mi madre, dónde está?

ANCIANO. — En Argos, pero estará junto a su esposo para la comida.

ORESTES. — ¿Por qué no ha hecho el viaje mi madre con su esposo?

ANCIANO. — Viene detrás, por temor a las habladoras de los ciudadanos.

ORESTES. — Comprendo, sabe que la ciudad la odia.

645

ANCIANO. — Así es. Una mujer impura produce repugnancia.

ORESTES. — Y ¿cómo mataré a aquélla y a éste en el mismo sitio?

ELECTRA. — Yo te prepararé el asesinato de la madre.

ORESTES. — Sí, que el de aquél seguro que lo dispondrá bien la suerte.

ELECTRA. — Que la suerte, que es una, nos haga a nosotros dos este servicio³⁰.

ANCIANO. — Así será. ¿Qué clase de muerte andas

650

³⁰ Verso probablemente corrupto. Seguimos a Denniston, cuyo mínimo retoque (mía por mén) ofrece un sentido lógico y aceptable. Murray acepta el cambio tóde en hóde de Tyrwhrrt, con lo que el sujeto sería el viejo («que éste nos sirva a nosotros dos»).

buscando para tu madre?

ELECTRA. — Anciano, ve y di a Clitemnestra esto; anúnciale que soy puérpera por el parto de un niño.

ANCIANO. — ¿Diré que has parido hace tiempo o recientemente?

ELECTRA. — Hace diez días, tiempo en que se purifica una parturienta.

ANCIANO. — Sí, pero ¿cómo puede esto llevar la muerte a tu madre? 655

ELECTRA. — Vendrá para escuchar mis dolores de parto.

ANCIANO. — ¿Cómo? ¿Crees, hija mía, que le importas tú algo?

ELECTRA. — Sí. Y seguro que llorará la posición humilde de mi hijo.

ANCIANO. — Quizá; pero, vamos, lleva tus palabras a su meta.

ELECTRA. — Bien, si viene es evidente que está perdida. 660

ANCIANO. — Si, porque se acercará hasta las mismas puertas de tu casa.

ELECTRA. — ¿Y no es eso adentrarse un poco por la senda de Hades?

ANCIANO. — ¡Así muriera yo una vez que lo haya visto!

ELECTRA. — Sí, pero primero, anciano, señala el camino a Orestes... 665

ANCIANO. — ¿A dónde se encuentra ahora Egisto sacrificando a los dioses?

ELECTRA. — ... y luego llégate a mi madre y comunícale mis palabras.

ANCIANO. — Lo haré de forma que crea que están saliendo de tu propia boca.

ELECTRA. — (*A Orestes.*) Es hora de que actúes. Te

ha tocado la primera sangre.

ORESTES. — Con gusto marchó, si alguien guía mis pasos.

670

ANCIANO. — También yo te escoltaré con agrado.

ORESTES. — ¡Oh Zeus familiar!, pon en fuga a mis enemigos.

ELECTRA. — Apiádate de nosotros, que hemos sufrido lamentablemente.

ANCIANO. — Apiádate, por favor, de tus propios descendientes.

ELECTRA. — Y tú, Hera, que presides los altares de Micenas...

675

ORESTES. — ... concédenos victoria si pedimos justicia.

ANCIANO. — Sí, y a éstos concédeles castigo que vengue a su padre.

ORESTES. — Y tú, padre, que habitas bajo tierra contra toda religión...

ELECTRA. — ... Y tú, soberana Tierra a quien dirijo mis manos...

ANCIANO. — ... defiende, defiende a estos tus amados hijos...

ORESTES. — ... ven ahora tomando por aliados a todos los muertos ...

680

ELECTRA. — ... al menos cuantos contigo destruyeron a los frigios en combate...

ANCIANO. — ... y cuantos sienten repugnancia por quienes se manchan de sangre impíamente.

ELECTRA. — ¿Has oído, oh tú, qué tan terrible muerte sufriste a manos de mi madre?

ANCIANO. — Sé que tu padre está oyendo todo esto. Ya es hora de marchar.

ELECTRA. — Antes que nada te pido, además de esto, que muera Egisto; que si sucumbes en la lucha con

685

caída mortal, también yo soy muerta. No me considere viva, pues atravesaré mi vientre con espada de doble filo.
Voy a entrar en casa y dispondré todo. Si me vienen nuevas felices de ti, toda la casa resonará por los gritos; pero si mueres, será al contrario. Esto es lo que te digo. 690

ORESTES. — Ya conozco todo.

ELECTRA. — Para esta acción has de ser un hombre. En cuanto a vosotras, mujeres, levantad bien alto, como antorcha, el grito de este combate³¹; que yo montaré guardia sosteniendo en mis propias manos la lanza. Si me vencen, jamás rendiré cuentas a mis enemigos para que ultrajen mi cuerpo. *(Salen todos.)* 695

CORO.

ESTROFA 1. a

Está en venerable leyenda³² la historia de que un día Pan, dispensero de los campos, tomó a un cordero de los montes argivos, de hermoso y dorado vellón, de debajo de su tierna madre y lo conducía soplando dulce música con el bien trabado caramillo. Y un heraldo apostóse en un poyo de piedra y gritó: «Al ágora, al ágora, Miceneos, id a ver la visión de unos reyes felices.» Y los coros celebraban la casa de los Atridas³³. 700
705

ANTISTROFA 1.a

Se expusieron incensarios de oro; brillaba sobre los altares el fuego en la ciudad de Argos. La flauta, servidora de las Musas, cantaba hermosísimos sonos; se desbordaban amables cantos por el cordero de oro. Y luego... la trampa de Tiestes; en oculto lecho persuadió a la esposa querida de Atreo y llevó a su casa aquel portentoso. Volviendo a la plaza proclama que tiene en su casa la oveja dotada de cuernos y de vellón de oro. 710
715

ESTROFA 2. a

Entonces fue, entonces fue cuando Zeus cambió el curso brillante de los astros y la luz del sol y el blanco 720
725

³¹ Frase muy compendiada. Su sentido es: «levantad bien, como una antorcha (señal), un grito que anuncie el resultado de este combate».

³² La historia del cordero de oro es la siguiente: los dioses dan a Atreo un cordero de oro, cuya posesión asegura su realeza. Tiestes, su hermano, seduce a su esposa y roba el cordero proclamándose rey. Zeus, irritado, da la vuelta al curso del universo.

³³ Verso corrupto. Deimata, que es evidentemente una glosa de phdsmata, ha desplazado una palabra que se ha perdido. El anacronismo Atreiddn of kou no es suficiente para considerar corrupto también el verso siguiente.

rostro de la aurora. El sol cabalgó hacia poniente con la llama ardiente de su fuego divino y las nubes, henchidas de agua, hacia la Osa. 735
El asiento de Amón³⁴ se agostó sin probar el rocío, sin recibir la hermosísima lluvia de Zeus.

ANTISTROFA 2. a

Se dice —mas poco crédito doy³⁵— que el sol de aspecto dorado se tornó cambiando de posición para mal de los hombres, por castigar a los mortales. Los mitos que asustan a los hombres son convenientes para el culto de los dioses. Te olvidaste de ellos y mataste a tu esposo, oh hermana de gloriosos her-

manos³⁶. (*Se oyen gritos lejanos.*)

CORIFEO. — ¡Eh, eh, amigas! ¿Habéis oído un grito, como un trueno subterráneo de Zeus? ¿O me ha sobrevenido una impresión falsa? 740
Mira, aquí se eleva un sonido bien claro. Electra, 745
mi señora, traspón el umbral de esta tu casa.

(*Sale Electra con una espada.*)

ELECTRA. — Amigas, ¿qué sucede? ¿En qué punto estamos del combate?

CORIFEO. — Sólo sé una cosa: estoy oyendo un lamento de muerte.

ELECTRA. — También yo acabo de oírlo, en la lejanía desde luego, pero con todo...

CORIFEO. — De lejos viene el sonido, pero es claro en verdad.

ELECTRA. — Es el gemido de un argivo. ¿Será de mis amigos? 755

CORIFEO. — No sé, pues los timbres de voz se confunden por completo.

ELECTRA. — Esta señal que me das es de degüello. ¿A qué aguardamos?

³⁴ Egipto y Libia eran los dominios de Amón, dios equivalente a Zeus.

³⁵ Eurípides, el racionalista, critica abiertamente esta historia y la considera simplemente un mito que «asusta a los hombres», aunque acepta su conveniencia para el culto divino. Con ello niega la maldición hereditaria de la casa de Atreo y desbarata de un golpe la base teológica de la concepción trágica de Esquilo.

³⁶ Clitemnestra era hermana de Cástor y Polideuces (cf. verso 1239).

CORIFEO. — Espera a enterarte con certeza sobre tu destino.

ELECTRA. — No puedo, estamos vencidos, pues...
¿dónde están los mensajeros? 760

CORIFEO. — Ya vendrán. No es nada fácil matar a un rey.

(Entra un servidor de Orestes.)

MENSAJERO. — Victoriosas mozas de Micenas, anuncio a todos mis amigos que Orestes ha vencido y que Egisto, asesino de Agamenón, yace postrado en tierra. Conque es fuerza orar a los dioses. 765

ELECTRA. — ¿Quién eres tú? ¿Cómo puedo creer lo que me comunicas?

MENSAJERO. — ¿No me conoces de verme como acompañante de tu hermano?

ELECTRA. — Amigo mío, he tenido dificultad de reconocer tu rostro por culpa del miedo, pero ahora ya te conozco. ¿Qué dices? ¿Ha muerto el repugnante asesino de mi padre? 770

MENSAJERO. — Ha muerto. Por segunda vez te digo lo mismo, ya que te agrada.

ELECTRA. — Oh dioses —y tú, Justicia que todo lo ves, por fin has llegado—. ¿De qué forma, con qué clase de muerte ha acabado con el hijo de Tiestes? Quiero saberlo. 775

MENSAJERO. — Cuando salimos de esta casa, tomamos la carretera de doble calzada en dirección al lugar donde se encontraba el ilustre rey de Micenas. Resulta que éste paseaba por un huerto bien regado cortando para su cabeza ramos de tierno mirto. Al vernos gritó: «Hola, forasteros, ¿quiénes sois, de dónde venís y de qué tierra procedéis?» «Tesalios —contestó Orestes—, y nos dirigimos al Alfeo para hacer un sacrificio a Zeus Olímpico.» Al oír esto dijo Egisto: «Pero ahora debéis quedaros con nosotros para acompañarme en un banquete. Me encuentro a punto de ofrecer un sacrificio a las Ninfas. Si os levantáis a la aurora, os resultará lo mismo. Conque vayamos a casa (y al tiempo que esto decía nos tomó de las manos y nos conducía); no habéis de negaros.» Cuando estuvimos 780

785
790

en su casa dijo ³⁷ : «Que alguien prepare en seguida un baño para los forasteros, a fin de que puedan acercarse al agua lustral y al altar.»	
Pero Orestes dijo: «Acabamos de purificarnos con un baño en las limpias corrientes del río. Mas si es fuerza que unos forasteros participen del sacrificio con los ciudadanos, entonces, rey Egisto, estamos dispuestos, no nos negamos.»	795
Así que ésta fue la conversación que sostuvieron entre sí. Los esclavos depositaron las lanzas —protección de su señor— en el suelo y pusieron todos manos a la obra: unos llevaban las víctimas, otros portaban canastas, otros encendían fuego y ponían calderos junto al hogar. En fin, toda la casa rebullía.	800
El amante de tu madre tomó granos de cebada y los arrojó al altar diciendo estas palabras: «Ninfas de las rocas, que podamos sacrificar muchas veces yo y mi esposa, la hija de Tindáreo que está en la casa, con buena suerte como ahora, y nuestros enemigos con mala (refiriéndose a Orestes y a ti).	805
Pero mi señor, sin proferir en voz alta sus palabras, pedía lo contrario, recobrar la casa paterna.	810
Tomó Egisto de la canasta un cuchillo afilado, cortó un mechón al ternero y lo puso con su diestra sobre el fuego sagrado.	
Finalmente descargó el cuchillo sobre la paletilla del ternero mientras lo sujetaban los esclavos en sus brazos, y dijo a tu hermano estas palabras: «Entre las buenas cosas de que se jactan los tesalios está el que despiezan bien un toro y sujetan a los caballos. Toma el hierro, forastero, y demuestra que la fama de los tesalios es legítima.» Entonces Orestes asió con sus	815
manos una doris ³⁸ bien forjada y, dejando caer de sus hombros el magnífico manto, apartó a los esclavos y tomó a Pilades por ayudante en la tarea: asió al ternero por la pata y con el brazo extendido dejó desnuda su blanca piel.	820
Así que desolló el cuero con más rapidez que un corredor completa a caballo la doble carrera y cortó los lomos.	825
Egisto examinó en sus manos la víctima: las entrañas carecían de lóbulo y las fisuras y receptáculos del hígado anunciaban la llegada cercana de algún mal a quien las observaba. Ensombreciose Egisto y le preguntó mi señor: «¿Por qué esa congoja?» «Forastero, temo el engaño de un hombre ausente. En verdad, es	830

³⁷ Wilamowitz considera interpolado el v. 790.

³⁸ Cuchillo especial para despellejar un animal; toma su nombre del lugar donde se hacían (cf. una «Toledo», ref. a las espadas). Schiassi (pág. 151) piensa que pudo originariamente ser doris (cf. dꞥrc5 «despellejar»).

el hijo de Agamenón el que más me odia de los hombres y el mayor enemigo de mi casa.» Y éste contestó: 835
 «¿Y temes el engaño de un exiliado tú que gobiernas esta ciudad? ¿No me traerá alguien un tajo de Ptía en vez de la doris para partir las costillas y que nos banqueteemos con las carnes?» Y tomándola, las troceó. Egisto entonces tomó las entrañas y las observaba dividiéndolas. Y mientras se agachaba, tu hermano se puso de puntillas, le hundió el cuchillo hasta las vértebras y le desgarró los músculos de la espalda. 840
 Todo el cuerpo se convulsionó de arriba abajo y daba alaridos mientras moría de mala muerte.
 Los esclavos que lo vieron saltaron prestos al combate. Eran muchos para luchar contra dos, pero Pilades y Orestes se mantuvieron por hombría agitando 845
 enfrente sus venablos. Y éste dijo: «No he venido como enemigo de la ciudad ni de mis servidores. Soy el desventurado Orestes y acabo de tomarme venganza del asesinato de mi padre. Conque no me matéis, antiguos esclavos de mi padre.» Y éstos, luego que oyeron sus palabras, contuvieron las picas —pues lo reconoció un viejo del palacio—, y al pronto coronaron la cabeza de tu hermano profiriendo gritos de alegría. 850
 Está en camino para mostrarte la cabeza no de la Gorgona, sino de Egisto, a quien tú odias. Sangre por sangre ha venido, préstamo amargo para quien acaba

de morir³⁹. (*Sale.*)

CORO.

ESTROFA.

Amiga, pon tu huella en el coro, levantando radiante como un cervatillo tu salto hasta el cielo. Ha ganado una corona de victoria tu hermano; no la de junto a las aguas de Alfeo⁴⁰. ¡Ea! Canta un himno de victoria para acompañar mi danza. 860
 865

ELECTRA. — ¡Oh luz, oh brillo de la cuadriga de Helios, oh tierra y oscuridad nocturna que antes yo veía! Las ventanas de mis ojos son libres ahora que ha caído Egisto, matador de mi padre.
 Vamos, amigas, voy a traer cuantas joyas tengo 870
 y me guarda la casa para adornar mi pelo. Y voy a coronar la cabeza de mi hermano victorioso.

³⁹ La idea que subyace a esta frase, la verdadera idea motriz de toda la tragedia griega, es que un crimen genera otro crimen. Egisto había tomado prestada la sangre de Agamenón: préstamo que él reembolsa con su propia sangre.

⁴⁰ I. e. más importante. En una glosa así debió surgir la corrupción del v. 863, como agudamente observó Murray. El Alfeo es el río de Olimpia.

CORO.

ANTISTROFA.

Sí, tú, levanta la cabeza adornada, que nosotras dan- 875
zaremos una danza querida de las Musas. Ya van a go-
bernar el país nuestros amados reyes de otro tiempo
ahora que han matado con justicia a los injustos. ¡Ea!
Vayan nuestros gritos al unísono con la alegría. 880

(Entran Pílates y servidores con el cadáver de Egisto)

ELECTRA. — ¡Orestes victorioso, nacido de un padre
vencedor de la guerra de Ilión! Acepta esta banda para
los bucles de tu pelo. Has llegado a casa no después
de recorrer una prueba inútil de seis pletros, sino de 885
matar al enemigo Egisto, el que mató a tu padre y
mío. Y tú, Pílates, escudero, discípulo del hombre más
piadoso⁴¹, acepta esta corona de mis manos; pues en
esta lucha tú llevas una parte igual a la de éste. Que
siempre os vea felices. 890

ORESTES. — Electra, considera primero a los dioses
autores de esta suerte y luego elógiame como a ser-
vidor de los dioses y de Fortuna. Aquí estoy ahora
que he matado a Egisto de obra, no de palabra. Y para 895
contribuir al conocimiento claro del hecho, aquí te
traigo el cadáver mismo a fin de que, si quieres, lo
expongas para carnaza de las fieras o lo empales y
claves como presa de las aves, hijas del éter. Ahora
es tu esclavo quien antes recibía el nombre de señor⁴². 900

ELECTRA. — Siento vergüenza, pero con todo deseo
decir...

ORESTES. — ¿Qué cosa? Habla, pues ahora sí estás
libre de temores.

ELECTRA. — ... de ultrajar a los muertos, no vaya a
ser que incurra en odio.

ORESTES. — No existe quien pueda reprocharte nada.

ELECTRA. — La ciudad es implacable con nosotros
y gusta de murmurar. 905

ORESTES. — Hermana, habla si algo quieres decir,
pues con éste hemos entablado una lucha sin tregua.

⁴¹ Su padre Estrofo.

⁴² Conservamos como genuino el v. 899, como casi todos los editores.

ELECTRA. — Bien. (<i>Dirigiéndose al cadáver.</i>) ¿Qué comienzo daré a mis palabras, para maldecirte, o qué final? ¿Qué palabras pondré en el medio? ¡Y eso que nunca dejaba de repetir cada mañana lo que quería decirte a la cara, si de verdad conseguía verme libre de mis miedos de antes!	910
Pues bien, ya lo estoy, y quiero dedicarte todos los insultos que deseaba decirte cuando vivías.	
Me arruinaste haciéndome huérfana de mi querido padre, como a éste ⁴³ sin recibir tú daño alguno; desposaste vergonzosamente a mi madre y mataste a un hombre que condujo el ejército griego, tú que no marchaste contra los frigios.	915
Llegaste hasta tal punto de torpeza que pensabas que desposando a mi madre no iba a ser mala contigo. Y mancillabas el lecho de mi padre. Entérate bien, cuando uno corrompe a la mujer de otro y se ve forzado a tomarla en cama furtiva es un pobre hombre si cree que la que no pudo ser continente con aquél puede serlo con él. Vivías entre los mayores tormentos, aunque no parecías vivir mal, pues sabías, si, sabías que el tuyo era un matrimonio ilegal y mi madre que había tomado por esposo a un impío.	920
Ambos erais malvados y os habéis privado mutuamente ella a ti de tu prosperidad, tú a ella de su honor ⁴⁴ .	925
Ya oías lo que se decía entre los argivos: «El marido de su esposa...», no «la mujer de su marido». Y en verdad es feo que sea la mujer, y no el hombre, quien manda en una casa. Aborrezco a los hijos que en una ciudad no reciben el nombre de su padre, sino el de la madre. Cuando un hombre casa con mujer notable y superior a él no se habla del hombre, sino de la mujer.	930
Te creías alguien por apoyar tu fuerza en la riqueza, y eso fue lo que más te engañó a ti, que desconocías muchas otras cosas. La riqueza no vale nada si no es por el breve tiempo que se está con ella. Lo firme es la naturaleza, no la riqueza. La primera siempre permanece y acaba con la desgracia, en cambio la riqueza que, acompaña al injusto y al torpe acaba volando de su casa tras florecer por breve tiempo.	935
En lo que respecta a las mujeres, callaré —pues no está bien a una virgen hablar—, pero lo manifestaré veladamente de forma que se entienda. Eras altanero, ¡como que poseías una mansión real y estabas dotado de belleza! Pero tenga yo un esposo no con aspecto	940
	945
	950

⁴³ I. e. Orestes.

⁴⁴ Frase interpretada de muy varias maneras cuando no considerada ininteligible. Nuestra traducción sigue la interpretación de Kirchhoff.

afeminado, sino al estilo varonil. Los hijos de éstos últimos son afectos a Ares, en cambio los guapos son un mero adorno de los coros. Al infierno, tú que has pagado tu pena sin conocer nada de lo que, por fin, se te encuentra culpable. 955

De la misma forma, que nadie crea que ha vencido a Justicia, por haber corrido bien el primer tramo, antes de que se acerque a la línea y doble la meta de la vida.

CORIFEO. — Terribles fueron sus actos y terrible la compensación que os ha pagado a ti y a éste. En verdad, grande es el poder de Justicia.

ELECTRA. — Bien. Esclavos, hay que introducir su cadáver y ocultarlo para que, cuando venga mi madre, no vea el cadáver antes de su propia muerte. 960

ORESTES. — Espera, pasemos a considerar otra cosa.

ELECTRA. — ¿Qué? ¿No estoy viendo tropas que vienen desde Micenas?

ORESTES. — No, sólo la madre que me alumbró. 965

ELECTRA. — ¡Qué bien camina hacia el centro de la red!... y relumbra, eso sí, con su carro y sus arreos.

ORESTES. — Entonces, ¿qué hacemos con nuestra madre? ¿La mataremos?

ELECTRA. — ¿Acaso te ha entrado compasión ahora que has visto su figura?

ORESTES. — ¡Ay! ¿Cómo voy a matar a la que me crió, a la que me parió?

ELECTRA. — Igual que ella mató a tu padre y al mío. 970

ORESTES. — ¡Oh Febo, grande es la insensatez que has pronunciado en tu oráculo!

ELECTRA. —Pues si Apolo es torpe, ¿quiénes son los sabios?

ORESTES. — ... tú que me has ordenado matar a mi madre, a quien no debía.

ELECTRA. — ¿Qué daño puedes recibir por vengar a tu propio padre?

ORESTES. — Tendré que desterrarme como matricida,
yo que antes era puro. 975

ELECTRA. — No serás impío por defender a tu padre.

ORESTES. — Pero de mi madre... ¿a quién rendiré
cuentas por su muerte?

ELECTRA. — ¿Y a quién rendirás cuentas si abando-
nas la venganza de tu padre?

ORESTES. — ¿No me habrá aconsejado esto un alás-
tor⁴⁵ tomando la figura del dios?

ELECTRA. — ¿Sentado sobre el sagrado trípode? No
lo creo. 980

ORESTES. — Pues tampoco podría yo tener por
bueno este oráculo.

ELECTRA. — ¡No vayas a acobardarte y caer en fla-
queza!

ORESTES. — ¿Entonces le preparo a ella el mismo
engaño?

ELECTRA. — El mismo con que destruiste a su es-
poso, matando a Egisto. 985

ORESTES. — Me pondré en camino. Terrible es la
tarea que emprendo y terrible lo que voy a hacer, pero
si los dioses lo han decidido, sea. Este combate me
será amargo y dulce a la vez.

(Entran Orestes y Píldes. Aparece Clitemnestra en un carro lujoso.)

CORO. — Oh reina de la tierra argiva, hija de Tin-
dáreo y hermana de los nobles gemelos hijos de Zeus
que habitan entre los astros en el éter ardiente y tienen
la prerrogativa de salvar a los mortales entre las olas
del mar. ¡Salud! Yo te venero igual que a las felices
diosas por tu riqueza, por tu gran opulencia. Es mo-
mento de rendir pleitesía a tu suerte. Salud, reina. 995

CLITEMNESTRA. — Troyanas, descendes del carro y
tomad mi mano para que ponga mi pie fuera de él.
Que los templos de los dioses están adornados con los
despojos frigios, pero yo tengo en mi palacio a éstas, 1000

⁴⁵ Genio vengador (etimológicamente «el que no olvida o perdona», «alath». Otros lo relacionan con alaós «ciego» o «invisible»).

lo más escogido de la Tróade; pequeño regalo, pero hermoso, a cambio de la hija que perdí.

ELECTRA. — Madre, ¿tomaré tu mano afortunada yo que he sido arrojada del palacio de mi padre y habito una infeliz morada? 1005

CLITEMNESTRA. — Aquí están las esclavas, no te molestes tú.

ELECTRA. — ¿Pues qué? También a mí me expulsaste del palacio como a una prisionera. Destruído el palacio, destruidas fuimos —como éstas—, quedando huérfanas de padre. 1010

CLITEMNESTRA. — Con todo, pareja decisión tomó tu padre contra quienes entre los suyos en modo alguno debía haber tomado.

Hablaré..., que cuando la mala fama se apodera de una mujer, en su lengua se asienta una cierta amargura.

En lo que a mí se refiere, no está bien. Atendiendo a los hechos, si tienes razón en odiarme, es justo que me odies, pero si no, ¿a qué esa repugnancia por mí? 1015

Tindáreo me entregó a tu padre no para que muriera yo ni aquéllos a quienes yo engendrara. Pero aquél convenció a mi hija con la boda de Aquiles y se marchó llevándola a Áulide, de buen anclaje para las naves. Allí la extendió sobre un altar y segó el blanco cuello de Ifigenia. 1020

Si hubiera inmolado a una en beneficio de muchos, para ganarse la toma de Troya o por beneficiar a su casa y salvar a sus otros hijos, habría sido perdonable. 1025

Ahora bien, destruyó a mi hija porque Helena era lasciva y el que la tomó por esposa no supo castigar a la traidora. Con todo, ni por esto habría cometido la crueldad de matar a mi esposo, ofendida como había sido. Pero vino con una enloquecida doncella 1030

poseída de dios y la introdujo en mi cama; conque éramos dos novias alojadas en la misma casa.

En efecto, casquivana es la mujer, no digo que no; pero cuando, sentado esto, el marido comete el yerro de rechazar la cama que tiene en casa, la mujer quiere imitar al marido y buscarse un nuevo amante. 1035

Y luego los reproches resplandecen en nosotras y en cambio los hombres, los culpables, no llevan la mala fama. 1040

¿Es que si Menelao hubiera sido raptado a ocultas de su palacio, tenía yo que matar a Orestes para salvar al esposo de mi hermana? Entonces, ¿cómo habría llevado esto tu padre? ¿Es que no tenía él que morir

habiendo matado a uno de los míos, y yo había de sufrir este trato por su parte? Lo maté, me dirigí a sus enemigos⁴⁶ tomando el camino más fácil. Pues ¿quién de los míos habría sido mi cómplice en la muerte de tu padre? 1045

Habla, si algo quieres decir, y replícame con libertad que tu padre no murió con justicia. 1050

CORIFEO. — Has hablado con razón, pero tu justicia está envuelta en vergüenza. Toda mujer ha de ceder ante su esposo, la que sea sensata. La que opine de otra forma, no ha llegado al sentido de mis palabras⁴⁷. 1055

ELECTRA. — Madre, recuerda las últimas palabras que has pronunciado concediéndome libertad para hablar.

CLITEMNESTRA. — También ahora lo afirmo y no me niego, hija.

ELECTRA. — ¿No me harás daño, madre, después de oírme?

CLITEMNESTRA. — No puedo, a tu opinión opondré mi dulzura. 1060

ELECTRA. — Hablaré y éste será el comienzo de mi proemio: ¡ojalá hubieras poseído, madre, mejor cabeza! Justo es que atraigan alabanzas la belleza de Helena y la tuya; ambas sois hermanas, casquivanas las dos e indignas de Cástor. La una se perdió por dejarse raptar de buen grado y tú has perdido al mejor hombre de Grecia con la excusa de que matabas a tu esposo en compensación por una hija. Pero no te conocen bien, como yo. ¡Tú, la que antes de que se decidiera 1065

la inmolación de tu hija y, apenas partido tu esposo de casa, cuidabas los rubios bucles de tu pelo ante el espejo! Mujer que en ausencia del marido se esfuerza en embellecerse se tacha a sí misma de mala. A menos 1070

que busque algún mal, en nada le conviene mostrar en la calle un rostro hermoso. Tú eres la única de las griegas, que yo sepa, que te alegrabas si los troyanos tenían un éxito; y si fracasaban, tus ojos se ensombrecían porque no deseabas que Agamenón regresara de Troya. ¡Con los buenos motivos que tenías para ser 1075

recatada!; tenias un marido, en nada inferior a Egisto, a quien la Grecia eligió como su conductor, y una vez 1080

⁴⁶ 1. e. Egisto.

⁴⁷ Murray condena los vv. 1097-1099, siguiendo a Harthng, por el hecho de que Estobeo (cf. 72.4) los atribuye a Las Cretenses; y el 1100 y 1101 siguiendo a Harruno y Nauck, respectivamente.

que tu hermana Helena había realizado tamaña acción, podías tú haber cobrado una gran gloria. Pues los malos constituyen un escarmiento en beneficio de los buenos y atraen la atención. 1085

Si, como dices, mi padre mató a su hija, ¿en qué te faltamos yo y mi hermano? ¿Por qué no estrechaste nuestros lazos con la casa paterna tras matar a tu esposo, en vez de aportar a tu matrimonio bienes ajenos comprando su amor con dinero? 1090

Tu marido no ha sido exiliado a cambio del exilio de tu hijo ni ha muerto a cambio de mi muerte, dos veces mayor que la de mi hermana, pues me mató en vida. Si un crimen se sienta como juez para exigir otro crimen a cambio, yo te mataré —con tu hijo Orestes— por vengar a mi padre. Que si aquello fue justo, también hay justicia en esto. 1095

Quien casa con mujer malvada por su riqueza o noble cuna es necio. Casamiento modesto, pero prudente, es mejor en una casa que matrimonio notable.

CORIFEO. — El azar gobierna el matrimonio de las mujeres. Veo que de los humanos unas jugadas salen bien, mal otras. 1100

CLITEMNESTRA. — Hija, tú has nacido para amar a tu padre por siempre. También sucede que unos están de parte del padre, mientras que otros aman a su madre más que al padre. Te perdono, pues en verdad no me alegro en exceso de mis acciones. ¿Así de sucia y mal vestida has salido de tus labores de parto? ¡Ay, pobre de mí, por mis decisiones, por haber empujado a mi esposo a la ira más de lo debido! 1105
1110

ELECTRA. — Tarde te lamentas cuando ya no tienes cura. Bien, mi padre ha muerto. ¿Por qué, entonces, no haces venir de fuera a tu hijo que anda errante?

CLITEMNESTRA. — Tengo miedo y miro por mis intereses, no por los suyos. Está encolerizado, según dicen, por la muerte de su padre. 1115

ELECTRA. — ¿Por qué, entonces, tienes a tu esposo enfurecido contra nosotros?

CLITEMNESTRA. — Ése es su carácter. También tú eres obstinada por naturaleza.

ELECTRA. — Porque sufro. Pronto dejaré de enfurecerme.

CLITEMNESTRA. — Entonces tampoco él estará más

tiempo resentido contra ti. 1120

ELECTRA. — Muchos son sus humos. Ahora lo cobija mi morada...

CLITEMNESTRA. — ¿Ves? Ya estás atizando nuevas disputas.

ELECTRA. — Callaré, pues le temo como le temo⁴⁸.

CLITEMNESTRA. — Pon fin a esas palabras. Bien. ¿Por qué me has llamado, hija?

1125

ELECTRA. — Creo que has oído sobre mi parto. Ofrece en mi lugar —pues yo no sé— un sacrificio en la décima luna de mi hijo, como es costumbre. Que yo no estoy avezada por no haber parido en el pasado.

CLITEMNESTRA. — Eso es trabajo de otra, de la que te ayudó en las labores de parto.

ELECTRA. — Yo misma me asistí, yo sola parí a mi hijo.

1130

CLITEMNESTRA. — ¿Tan aislada de vecinos se encuentra esta casa?

ELECTRA. — Nadie quiere tener a los pobres por Amigos.

CLITEMNESTRA. — Marcharé entonces a ofrecer a los dioses un sacrificio por tu hijo en el día prescrito, y cuando te haya hecho este favor iré al campo donde mi esposo sacrifica a las Ninfas. Vamos, esclavos, arri-
mad este carro a los pesebres y cuando creáis que he terminado el sacrificio a los dioses, presentaos aquí; que también he de dar gusto a mi marido.

1135

(Salen los esclavos con el carro.)

ELECTRA. — Entra en casa de un pobre. Cuidado no vaya a quemar tu túnica este techo ahumado, pues vas a realizar el sacrificio que los dioses te exigen.

1140

(Entra Clitemnestra.)

La cesta está preparada y afilado el cuchillo que mató al toro⁴⁹ cerca del cual vas tú a caer herida.

Vas a desposar, también en Hades, al hombre con

1145

⁴⁸ Expresión eufemística típica de Eurípides (cf. Vv. 85, 289; Medea 889, 1011; Hécuba 100; Troyanas 630), que aquí encierra una gran ironía.

⁴⁹ I. e. Egisto, considerado como víctima de un sacrificio.

quien dormías en vida. Éste es el favor que yo voy a hacerte, esta es la satisfacción que tú vas a pagarme por mi padre. (*Entra Electra.*)

CORO.

ESTROFA 1. a

Mal por mal: los vientos de esta casa soplan contrarios. Aquel día cayó en el baño mi señor, mi señor, y resonó el techo y las pétreas cornisas de la casa mientras decía: «¡Desdichada esposa, ¿por qué me matas cuando vuelvo a mi patria después de diez sementeras?» 1150

ANTISTROFA 1. a

«El tiempo»⁵⁰ en su retorno se cobra retribución por la unión extraviada de esta mujer que, sosteniendo en sus manos el arma afilada, asiendo el hacha, maté a su marido cuando al fin volvió a casa y a los muros ciclópeos que llegan al cielo. ¡Desdichado esposo! ¿Qué mal se apoderó de la desgraciada? Como leona montañesa, que frecuenta los pastos de los bosques, llevó hasta el final este crimen. 1155
1160
1165

CLITEMNESTRA. — (*Desde dentro.*) ¡Hijos, por los dioses, no matéis a vuestra madre!

CORO. — ¿Oyes los gritos bajo el techo?

CLITEMNESTRA. — ¡Ay, ay de mi!

CORO. — También yo gimo por la que ha muerto a manos de sus hijos. En verdad dios reparte justicia cuando llega el momento. Crueldad has sufrido, impiamente obraste —¡desdichada!— contra tu esposo. 1170

(Salen todos de la casa. El eccicléma expone los cadáveres de Clitemnestra y Egisto.)

CORIFEO. — Mas, helos aquí que ponen su pie fuera de la casa teñidos con la sangre reciente de su madre, demostrando que huyen de su triste llamada. 1175
No existe ni ha nacido nunca otra casa más infortunada que la de los Tantálidas.

ESTROFA 2. a

ORESTES. — ¡Tierra y Zeus que ves todo lo mortal! Contemplad esta acción de muerte odiosa: dos cuerpos en tierra postrados, a golpes de mi mano, en pago 1180

⁵⁰ Faltan dos versos cuya responsión forman los vv. 1162-1163. En ellos probablemente estaba la palabra «tiempo», como señala Murray.

de mis miserias⁵¹.

ELECTRA. — Hermano, sí, deplorable en exceso, pero yo soy culpable. ¡Pobre de mí! Me consumí en odio contra ésta, mi madre, que me parió mujer.

CORO. — ¡Ah, qué suerte, madre, qué suerte la tuya que pariste vengadores y sufriste desdichas sin límites a manos de tus hijos! ¡Con justicia has pagado la muerte de su padre! 1185

ANTISTROFA 2. a

ORESTES. — Oh Febo, invisible es la justicia que cantaste, pero bien visibles los dolores que has cobrado: 1190

¡me has dado un lecho de asesino lejos de la tierra griega! ¿A qué otro pueblo marcharé? ¿Qué huésped, 1195
quién que sea piadoso pondrá sus ojos en mi rostro de matricida?

ELECTRA. — ¡Ay, ay de mí! Y yo, ¿adónde?, ¿a qué coro, a qué boda marcharé? ¿Qué esposo me aceptará en su cama nupcial? 1200

CORO. — Otra vez, otra vez tu pensamiento ha cambiado con el viento. Ahora albergas sentimientos piadosos, antes no los tenías e hiciste algo terrible a tu hermano, amiga, que no quería. 1205

ESTROFA 3. a

ORESTES. — ¿Viste cómo la desdichada sacaba del manto y mostraba su pecho en el momento de morir —¡ay de mí!—, poniendo en el suelo los miembros que me dieron vida? Yo por el pelo...

CORO. — Lo sé bien, el dolor te consumió cuando oías el lamento de dolor de una madre, la que te parió. 1210

ANTISTROFA 3. a

ORESTES. — ... este fue el grito que lanzaba poniendo sus manos en mi rostro: «¡Hijo mío, piedad!», y se colgaba de mi cuello hasta que el arma cayó de mis manos. 1215

CORO. — ¡Desventurado! ¿Cómo sufriste ver con tus propios ojos la muerte de tu madre expirante? 1220

ESTROFA 4. a

ORESTES. — Yo puse el manto sobre mis ojos y di

⁵¹ Se puede postular, metri causa, que faltan cuatro sílabas en el v. 1182 o un metro yámbico y todo el verso que le seguía (dimetro yámbico).

comienzo con la espada al sacrificio hundiéndola en el cuello de mi madre. 1225

ELECTRA. — Y yo te animaba al tiempo que ponía mano a la espada.

CORO. — Has cometido el más terrible crimen.

ANTISTROFA 4. a

ORESTES. — Tonta, cubre los miembros de mi madre con el manto y cierra sus heridas. ¡En verdad alumbraste a tus propios asesinos! 1230

ELECTRA. — ¡Ved cómo ponemos este manto sobre quien era amiga y a la vez no amiga!

CORO. — Éste es el límite de la desgracia para la casa.

(Aparecen los Dioscuros sobre el palacio.)

CORIFEO. — Mas he aquí que sobre lo más alto del palacio han aparecido... ¿Quiénes serán, démones⁵² o alguno de los dioses del cielo? Pues no es éste el camino de los hombres. ¿Por qué se aparecerán a nuestra vista de mortales? 1235

CÁSTOR⁵³. — Escucha, hijo de Agamenón. Te llaman los Dioscuros, hermanos gemelos de tu madre, Cástor y mi hermano Polideuces, aquí presente. Acabamos de llegar a Argos después de poner fin a la galería que amenazaba a una nave⁵⁴, cuando vimos la muerte de esta hermana nuestra y madre tuya. Ella ha recibido su merecido, pero tú no has obrado con justicia. Y 1240

Febo... (mas callaré, pues es mi soberano) con ser sabio no te ha aconsejado sabiamente con su oráculo. Mas es fuerza resignarse y desde ahora has de cumplir lo que Moira⁵⁵ y Zeus han decretado sobre ti. Entrega su merecido, pero tú no has obrado con justicia. Y 1245

Electra a Pilades como esposa y abandona Argos. No te está permitido poner el pie en esta ciudad ahora 1250

⁵² Aquí «divinidades de rango inferior» (por oposición contextual a los olímpicos). En general tiene un valor neutro (dios) frente a las divinidades particulares cuando no interesa especificar de cuál se trata, o anafórico (= el dios antes citado).

⁵³ Los editores en general atribuyen este parlamento a ambos Dioscuros, aunque los Mss. no lo señalan. Con Bothe creemos que debe ser Cástor sólo el que habla, sobre todo porque en v. 1240 presenta a su hermano («y éste que aquí veis es Polideuces»).

⁵⁴ Ya Wilamowitz señaló que no se trata de una nave cualquiera, sino de la de Menelao y Helena (cf. Helena 1163 y siguientes), a los que se alude un poco más adelante (y. 1279 y sigs.).

⁵⁵ Personificación del Destino (etimológicamente «parte, porción») independiente y superior a los dioses. Aquí unida a Zeus en términos de igualdad; incluso, a veces, se subordina a éste y equivale (especialmente en Esquilo, Suplicantes 673) a la ley antigua de Zeus.

que has matado a tu madre.
 Las terribles Keres⁵⁶, las diosas de cara perruna, te harán dar vueltas enloquecido como una rueda. Pero ve a Atenas y abrázate a la santa imagen de Palas; ella las asustará e impedirá que te toquen con sus terribles serpientes, tendiendo sobre tu cabeza su escudo con la Gorgona. Hay una colina de Ares donde los dioses se sentaron por primera vez a votar en un crimen de sangre, cuando el cruel Ares mató a Halirroccio, hijo del rey del mar, enfurecido por la impía unión con su hija. Allí el voto es sagrado y firme desde entonces a los ojos de los dioses; allí debes también tú ser juzgado por el crimen. Te salvará de morir ajusticiado el que el número de votos depositados será igual, pues Loxias cargará con la culpa por empujarte con su oráculo al matricidio. 1255

Y ésta será la ley vigente para los venideros: que gane siempre el acusado con igualdad de votos. Así que las terribles diosas, abrumadas por el dolor, harán que se abra junto a la colina misma una sima, oráculo piadoso y venerando para los mortales. También has de vivir junto a las riberas del Alfeo, en una ciudad arcadia, cabe el templo de Liceo; y la ciudad recibirá tu nombre. 1260

Esto es lo que a ti te digo. En cuanto al cadáver de Egisto, los ciudadanos de Argos lo ocultarán en una tumba. A tu madre la enterrará Menelao (que se encuentra desde hace poco en Nauplia, desde que tomó la tierra troyana) y Helena. Ésta ha llegado del palacio de Proteo en Egipto y nunca fue a Troya; Zeus envió a Ilión un simulacro⁵⁷ de Helena para enzarzar a los humanos en disensiones y muertes. 1265

En fin, que Pílates abandone la tierra aquea y regrese a su hogar con una virgen y esposa a la vez; que lleve también a la tierra focense a tu cuñado de nombre⁵⁸ y le cargue de riquezas. En cuanto a ti, enfila el cuello del Istmo y dirígete a pie hacia la próspera ribera de Cecropia⁵⁹; que cuando hayas cumplido el destino que te señaló como homicida, serás feliz libre de estos sufrimientos. 1275

1280

1285

1290

CORIFEO. — Hijos de Zeus, ¿se nos permite acercarnos a vuestra voz?

CÁSTOR. — Sí, pues no estáis contaminadas por este

⁵⁶ En la tragedia pluralizadas e identificadas con las Erinis (diosas vengadoras del parricida). Originariamente, sin embargo, Keres un démon destructor, hijo de Noche y hermano de Muerte.

⁵⁷ La historia del simulacro de Helena fue introducida por Estesicoro en su Palinodia.

⁵⁸ I. e. el campesino.

⁵⁹ Atenas.

crimen.	1295
ELECTRA. — ¿Puedo hablar yo, Tindáridas?	
CÁSTOR. — También tú; atribuiré a Febo esta acción crint mal.	
CORIFEO. — ¿Por qué siendo dioses los dos y hermanos de la víctima no habéis alejado a las Keres del palacio?	1300
CÁSTOR. — La fuerza del destino las arrastró por donde era menester y las torpes órdenes de la lengua de Febo.	
ELECTRA. — ¿Y qué Apolo, qué oráculos me hicieron a mí matricida?	
CÁSTOR. — Común fue la acción, común vuestro destino, y una sola maldición de vuestros padres os perdió a los dos.	1305
ORESTES. — Hermana mía, con verte tarde, ya me veo privado de tus caricias y he de abandonarte quedando yo, a mi vez, abandonado.	1310
CÁSTOR. — Ésta tiene marido y casa. No es ella quien ha sufrido lamentablemente excepto en abandonar la tierra de Argos.	
ELECTRA. — ¿Y qué otra cosa produce mayores lamentos que abandonar las fronteras de la patria?	1315
ORESTES. — Pero yo saldré de la casa paterna y en juicio extranjero purgaré el matricidio.	
CÁSTOR. — Ten valor. Llegarás a la piadosa ciudad de Palas. Conque sopórtalo con entereza.	1320
ELECTRA. — Junta tu pecho con el mío, queridísimo hermano. Las sangrientas maldiciones de madre nos separan del palacio paterno.	
ORESTES. — Vamos, abrázame. Vierte tus lamentos sobre mí como sobre la tumba de un muerto.	1325
CÁSTOR. — ¡Ay, ay! Terrible es lo que has dicho incluso para que lo oigan los dioses. También yo y los dioses del cielo lamentamos los sufrimientos de los hombres.	1330

ORESTES. — ¡Ya no te veré más!

ELECTRA. — ¡Tampoco yo me acercaré a tus ojos!

ORESTES. — Ésta es mi postrera despedida.

ELECTRA. — ¡Adiós, ciudad; adiós vosotras, ciudadanas! 1335

ORESTES. — Oh mi más fiel amiga, ¿ya te marchas?

ELECTRA. — Ya parto empapando mi tierna mejilla. 1340

ORESTES. — Pílates, marcha en paz y desposa a Electra.

CÁSTOR. — Éstos se ocuparán de su boda. Marcha tú a Atenas huyendo de estas perras. Ya lanzan contra ti su terrible rastro estas diosas negras de piel, con serpientes por brazos, que cosechan un fruto de terrible dolor. 1345

Nosotros marchamos prestos hacia el mar siciliano para salvar las marinas proas de las naves. Caminamos por la llanura del éter y no auxiliamos a los hombres mancillados, sino a quienes en su vida estiman piedad y justicia. 1350

A éstos salvamos de las dificultades y libramos del sufrimiento. Así que nadie prefiera delinquir ni ser compañero de viaje de los perjuros. Yo, que soy dios, así lo anuncio a los mortales. 1355

CORO. — ¡Adiós! Quien puede estar contento y no le doblega desgracia alguna, ha conseguido la felicidad.

Electra (Eurípides)

De Wikipedia, la enciclopedia libre

Saltar a [navegación](#), [búsqueda](#)

Para la tragedia de Sófocles, véase *Electra (Sófocles)*.

Electra es una antigua tragedia griega de la que nos llegaron 3 versiones a nuestros días: la versión de [Esquilo](#), la de [Sófocles](#), y la de [Eurípides](#). Cada una de ellas difiere en los detalles de la trama y en el estilo. Se discute si es más antigua la obra de Sófocles o la de Eurípides. La de Eurípides se suele datar entre 417 y 413 a. C. Fue escrita como parte de una trilogía.

Personajes [\[editar\]](#)

- Un campesino (esposo de Electra)
- **Electra**: hija de [Agamenón](#) y [Clitemnestra](#). Estaba ausente de [Micenas](#) cuando su padre regresó de la [Guerra de Troya](#) y fue asesinado (junto con [Casandra](#), su concubina) por [Egisto](#), el amante de Clitemnestra o por la misma Clitemnestra.
- **Orestes**: fue el único hijo varón de [Agamenón](#) y [Clitemnestra](#).
- **Pílates**: era el hijo del rey [Estrofo](#) de [Fócide](#), conocido principalmente por su fuerte amistad con [Orestes](#).
- Coro de mujeres argivas
- Un anciano
- Un mensajero
- **Clitemnestra**: hija de [Tindáreo](#) y [Leda](#), hermana de [Helena de Troya](#) y los [Dioscuros](#). Casó en primeras nupcias con [Tántalo](#). Tras el asesinato de su esposo y sus hijos a manos de Agamenón, rey de [Micenas](#), fue obligada por los Dioscuros a desposarse con el asesino de su familia. Como esposa de [Agamenón](#), tuvo cuatro hijos: [Electra](#), [Ifigenia](#), [Orestes](#) y [Crisótemis](#).
- **Cástor**: el hermano inmortal de los [Dioscuros](#) de la [mitología griega](#).
- **Pólux**: el hermano inmortal de los [Dioscuros](#) de la [mitología griega](#).
- Dioscuros: En la [mitología griega](#) los **Dioscuros** (en [griego antiguo](#) Διόσκουροι *Dióskouroi*, ‘hijos de Zeus’) eran dos famosos [héroes](#), hijos gemelos de [Leda](#) y hermanos de [Helena de Troya](#) y [Clitemnestra](#), llamados **Cástor** y **Pólux** o **Polideuco**. En [latín](#) eran conocidos como *Gemini*, ‘gemelos’ y a veces como *Castores*.

Sinopsis [\[editar\]](#)

Después que [Clitemnestra](#) asesine a su marido [Agamenón](#), entrega a su hija Electra a un campesino para evitar que tenga descendencia noble, pues si esto llegase a suceder seguramente reclamaría su derecho al trono. Electra vive en el campo, casada con el campesino, pero no mantiene relaciones con él. Esto se debe a que el es un hombre

honrado y no cree tener el derecho de desvirgar a una mujer de noble cuna. **Orestes** (hermano de Electra) llega a la casa de Electra acompañado por Pílates. Electra no lo reconoce y Orestes, sin darse a conocer, trata de averiguar si su hermana estaría dispuesta a vengar la muerte de su padre. Cuando al fin los hermanos se reconocen, planean la venganza sobre su madre y el nuevo marido de ésta: Egisto. Al darle muerte a Clitemnestra, Orestes siente remordimientos, ya que después de todo era su propia progenitora. Al final, Electra es obligada a casarse con Pílates. Orestes es desterrado y se lo somete a un juicio por su pecado.

Trasfondo de la obra [\[editar\]](#)

Eurípides trata de dar lógica a un tema ya desarrollado por Esquilo y por Sófocles. Este intento de hacer lógica la tragedia se lleva a cabo mediante la no aparición de los dioses. Electra mata ella misma a su madre, Clitemnestra, en un episodio de gran fuerza y dramatismo. Pero más tarde, Orestes y Electra se dan cuenta de la magnitud de su crimen y pesa sobre ellos el sentimiento de culpa, aunque no llegan a arrepentirse. Se nos anuncia al final la expiación del crimen. Ésta es una tragedia de dolor y sufrimiento y de importante conflicto moral: es justo que Clitemnestra expíe su crimen con la muerte, pero aún así, eso no explica el matricidio.